Once Días de Mentiras (Nuevo Capitulo)

Mikava

Capítulo 1

Parte 1:

El Tardío Comienzo Exitoso de una Complicada Investigación.

¡Hola, mi nombre es Leona!

Día 14: 2.36 AM.

Mi pecho… mi pecho se sentía tibio, agradable…, cómodo. Algo lo revestía…, algo sutil, delicado. Ese algo… descendía con lentitud: era el rojo. Aquel intenso color mundano se desprendía desde lo alto de mi pecho. No sentía dolor, ya que el único dolor que me acongojaba… era el de la culpa. Si, yo había matado a esas mujeres. Debía de hacerlo, era mi deber hacerlo, no podía dudar en mi cometido. Por eso ahora los fervorosos infiernos de la culpa, los indómitos caminos del pasado y los inescrutables fantasmas del ayer… hacían mella en mi pecho… con la bala que ahora, indiferente, se incrustaba en las fauces de mi corazón podrido. Lo volvería a hacer si fuese necesario. Mi cometido era necesario. Vidas salvé y vidas rescaté. Aun así, el peso de la culpa me persigue, me persigue en carne propia. Por eso ahora, Cristopher Levi bajaba lentamente el revolver con el cual me había disparado. No lo culpo; yo era el único culpable. Él tenía todo el derecho a dispararme una y otra vez, a masacrarme si así lo prefiriese.

Con la mano sosteniendo inútilmente el agujero en mi pecho, caí arrodillado al suelo. Desde allí también la pude contemplar a ella. Vislumbré al único ser que parecía indiferente ante mi situación, encontrándose así… sentada, de piernas cruzadas, con la mitad del su rostro y cabellos empapados en sangre, mirandome, desde lo lejos, con una completa frialdad.

Finalmente caí, azotando mi rostro en un vasto mar sanguinolento. Aquel… era mi final. Aquel era el final… de un asesino.

- Adiós… Viktor – me dice desde lo alto, antes de que me mi conciencia se pierda en los surcos desconocidos de la muerte, la voz del detective… Cristopher Levi.

Día 1: 9.00 AM.

Frio, lo único que siento en este momento es el frio propio de la mañana. El sonido del andar de los caballos se había vuelto monótono y aburrido. Uno dos, uno dos, se balaceaba el coche en el cual viajaba. Es 1925, ciudad de Listuria, justo en medio de Europa, pero aun así en este pueblo seguimos usando caballos.

Hoy es domingo y, además, mi día libre. No tenía motivo para ir a trabajar, pero aun así al inspector Bozko se le había ocurrido llamarme. Es probable que haya sucedido algo grave, considerando la fecha.

Hace algunos minutos atrás, un joven oficial de la policía tocó mi puerta para solicitarme, por orden de Bozko, que acudiese cuanto antes al departamento de policía. Me vestí con presura, apenas y tuve tiempo de asearme. Al salir me di cuenta de que dicho oficial me esperaba junto a un coche de la policía.

En el camino le consulté al oficial acerca de lo sucedido, pero tal parecía ser el caso que este sabía lo mismo que yo: nada. Solamente me dijo que la prensa se encontraba hoy más activa que nunca. Dichas palabras las pude comprobar una vez que el coche se detuve justo delante del departamento: una multitud de periodistas, todos ellos amotinados en la entrada. Cuando bajé, solo llevaba mi abrigo oscuro, pero no tengo idea de cómo se dieron cuenta de que era detective, supongo que… conservamos cierta aura característica. El oficial no se bajó conmigo, como si supiese lo que me esperaba. Las voces eran estruendosas, una muchedumbre sedienta por saber, preguntas iban y venía.

- ¿¡Podría hacer alguna declaración acerca del asesinato de la hija de Marissí!?

- ¿¡La UIP piensa hacer algo esta vez!?

- ¿¡El homicidio de Marissí está vinculado con los demás!?

- ¿¡Ya tienen algún sospechoso!?

No poseía la autorización para responder a aquellas preguntas, sin mencionar claro, que no conocía la repuesta a muchas de ellas. Fue así como de forma ajetreada y forzosa, empujando y moviendo personas de un lado a otro, pasé por en medio de un mar de gente descontrolada.

Entré con cautela al departamento, al parecer todos se encontraban trabajando y moviéndose con suma diligencia. No, en realidad miento. Solo la rama de la policía especializada en homicidios se movía con

diligencia, el resto casi no se encontraban presentes.

- Ve rápido a su oficina – me dijo uno de los policías.

Meramente me limité a asentir y procedí mi viaje.

Todos, alrededor de 12 o 13 policías, mecanografiaban, hacían llamadas, discutían entre ellos y demás. Admito que no entendía la situación, solamente me hacía una idea de la gravedad de esta misma.

Cuando llegué al sector de la UIP (Unidad de Inteligencia Policial) subí las escaleras directo a la oficina de Bozko. Al llegar me encontré con mí, por así decirlo, "compañero".

- Has tardado – me dice apoyado en la pared, mientras fumaba un cigarrillo.

- Claro es domingo – pensé en decirle. Pero en realidad no tenía muchas ganas de hablar – Si… lo sé. Disculpa.

Viktor Ferrec era el nombre del viejo detective que me esperaba, como de costumbre, con un cigarrillo en su boca. Su rostro era delgado, arrugado, siempre entonando una fría e intimidante expresión autoritaria. Su cabello entrecano no era demasiado corto, pero tampoco era demasiado largo, conservándose casi siempre despeinado. Solía llevar una descuidada barba, típica barba de una semana. Ferrec, además, siempre vestía una oscura chaqueta con una camisa debajo de esta, dicha chaqueta la usaba, quizás, solamente para ocultar dos revólveres ubicados en una sobaquera sobre su camisa.

Sé bien que Viktor, a simple vista, no parece el detective modelo, ya que en realidad no lo era. Según lo que leí en sus archivos, por alguna razón desconocida, este se retiró antes de jubilarse, cerca de los 34 años. Nadie supo cual fue en realidad el motivo de su renuncia. Luego de eso Viktor trabajó como detective privado en casos menores, esos típicos de adulterio y todas esas frivolidades, nada de relevancia. Viktor estuvo casi 20 años retirado de la UIP y, como dije anteriormente, nadie sabía el por qué – o por lo menos… eso decía su archivo –. Lo curioso de todo esto, es que recientemente han ocurrido una seguidilla de homicidios y… casualmente, a Viktor se le ocurrió volver… justo ahora, solo para investigar dicho caso. Desconozco si él solicitó que lo integrasen a la investigación o alguien desde dentro se lo pidió. Es así como terminó siendo mi compañero.

- Vamos. No te quedes ahí fumando. Entremos…

Toqué la puerta y una voz desde dentro me dijo que entrase. Como siempre el lugar era profanado por un fétido olor a tabaco. En medio de la

habitación se encontraba un escritorio, el cual era inundado por una infinita cantidad de papeles dispersos casi al azar. Los alrededores estaban consumidos por grandes estantes que almacenaban gruesos libros y/o carpetas con una amplia variedad de archivos y casos en su interior. Bozko se encontraba de espaldas, ubicado detrás de su escritorio, manteniendo la mirada fija en el paisaje que le proporcionaba la ventana tras de él. Al darse la vuelta para saludarnos, contemplé un par de cansados y ojerosos ojos azules observándome. Toda su apariencia era desalineada. Su usual corbata había desaparecido junto a su lucidez y ahora este, en vez de llevar traje completo, llevaba una sudada camisa arremangada. Además, dentro un cenicero que se encontraba sobre el escritorio, yacía una inmensa cantidad se cigarrillos desechados. Era obvio inferir que Bozko llevaba un buen rato en la oficina junto a Ferrec; es más, estoy seguro de que no han dormido absolutamente nada desde ayer. Quizás, admito ahora, que fue considerado de su parte el haberme dejado dormir, porque era claro que este caso había comenzado hace ya varias horas atrás, inclusive puede que la noche del día anterior.

- Hasta que te apareces.

- Lo siento señor, creí que hoy era mi día libre.

- De cierto modo, lo era. No te culpo. Después de todo las cosas han estado agitadas últimamente.

Bozko nuevamente nos dio la espalda, para contemplar así el paisaje a través de la ventana. Entonces me di cuenta de que sus ojos no se encontraban admirando el paisaje como tal, sino que más bien… contemplaba la enorme ola de periodistas que asechaban como tiburones la entrada del departamento.

- Supongo – continúo él – que ya te has enterado, ¿verdad?
No entiendo a qué se refiere, señor. Ayer me dormí tarde. Me divertía con un libro. Luego desperté asustadísimo cuando casi derriban la puerta de mi casa. No tuve tiempo para nada.
Ayer en la tarde, a eso de las 20 con 40, en el Colegio Católico para Señoritas Santa Sofía, encontraron el cuerpo sin vida de una de sus estudiantes, la hija del senador Charles Marissí: Mika Marissí.

- Ya veo, por eso tanto alboroto por parte de la prensa.

- Le cercenaron un brazo, le rajaron la cara de lado a lado; le escribieron con un instrumento afilado en su abdomen una serie de números aparentemente al azar. ¿Qué crees tú? Además… no es solo porque fuese la hija del senador Marissí, sino que también porque es ya la cuarta víctima.

- ¿Qué? ¡Imposible! Quiero decir…, ese es uno de los colegios más caros del país, ¿cómo pudo pasar esto? La seguridad debería de ser impecable.

- La encontraron en uno de sus propios salones de clases. Al parecer su seguridad no era tan buena como creíamos.
¿Inspector, está seguro de que es nuestro asesino?

- No hay duda alguna, Levi – me dijo ahora dándose la vuelta para clavarme una penetrante y fría mirada –. La fecha concuerda, además de la edad de la víctima: diecisiete años. Sin mencionar claro, la… complejidad de la escena y del… "acertijo" en esta. Eso no es propio de alguien común y corriente.

- ¿Lo dice en el sentido peyorativo de la palabra?

- ¿Qué cree tú?

- Guardé silencio y después y al final le dije – Al parecer volvió a dejarnos otro bastante complicado.

- Si. Y puede que este sea el más complicado de los cuatro. Me aterra pensarlo, pero tal parece ser el caso, que con cada crimen que comete aumenta la dificultad del acertijo. ¡Maldición! Ni siquiera sabemos cuánto va a durar esto. Además, sumándole el peso de los medios, no me sorprendería que para cuando llegue el quinto, nos encontremos con prensa internacional.

- ¿El quinto, dice?

- Así como vamos es seguro que llegará el quinto e inclusive el sexto. Levi, la prensa ya se está enterando de todo.

- Inspector, dígame. ¿Qué sabe la prensa?

-Da un profundo suspiro y me responde de manera evasiva – No creerías lo esfuerzos que hemos estado haciendo, ¿te imaginas el pánico que se armaría si supiesen que cada 11 días muere una mujer?

- ¿Entonces la prensa no conoce el intervalo de tiempo que existe entre cada una de las víctimas?

- Por el momento, la prensa solo sabe dos cosas: lo que nosotros les hacemos creer y lo que ellos quieren creer. Pero como dije, no sé cuánto durará esto. ¿Qué crees al respecto? Me gustaría oír tu opinión.

- Sinceramente, inspector, no creo estar en la posición de decir si, el asesino, se detendrá o no en algún punto. Solo le aseguró que no

descansaré hasta que ese sujeto esté tras las rejas.

-Es bueno verte así de motivado tan temprano – dice Ferrec interviniendo – deberíamos ir a despertarte todos los días de la misma manera, así quizás logremos atraparlo – dice concluyendo con una palmada en mi espalda y una simpática risa.

- Por favor, enserio, no hagan eso – les digo para que después todos caigan en una ligera risa

Al pasar el simpático momento, Ferrec, ahora nuevamente con su rostro serio, se le queda mirando por algunos segundos a Bozko, como si le estuviese recordando algo importante. Luego, este con voz grave, me dice:

- Bien, Levi, ya nos reímos lo suficiente. Ahora vayamos a la más relevante de la situación.

- ¿Tiene que ver con que me hayan traído hasta aquí?

- Por supuesto. Además, tampoco te podías quedar atrás cuando eres uno de los detectives a cargo del caso. Para ser más… especifico, tiene que ver con Marissí.

- ¿Con el… senador Marissí? – le pregunto con desconcierto.

- Por favor, Levi, ¿en verdad creías que la muerte de la única hija del senador iba a pasar desapercibida por su gruesa línea de influencias? ¡Más encima encontraron el cuerpo en la escuela! ¡En un colegio privado con excelente seguridad!

- Entiendo…, pero… al mismo tiempo, no lo entiendo. No creo que Marissí…

- Levi… – me dice ahora Ferrec –, la verdad es… que el senador Marissí se ha preocupado por la investigación, por lo que este ha… decidido intervenir en ella.

Tuve un mal presentimiento. Algo dentro de mí me decía que nos iban a despedir, o bien, nos iban a reasignar a otro caso. Por supuesto ninguna de las dos opciones me parecía la acertada. Estaba seguro de que las personas más cualificadas para este caso eran aquellas habían comenzado con él, desde el inicio y, ya conocían más o menos el modus operandi del asesino.

- Señor, ¿podría ser directo, por favor? – le pregunto ahora muy serio –. Si bien dice usted, que el senador Marissí, colérico probablemente, ha intervenido en el caso, ¿qué se supone que fue exactamente lo que hizo el

senador?

- Básicamente – continuó ahora Bozko – solicitó todos los archivos de la UIP relacionados con la investigación.

- ¿Solo eso? Admito que es peligroso confiarle semejante información a un civil, más aún a un padre colérico con sentimientos dispersos, pero creí que sería más grave. Aunque… – dije deteniéndome por un momento – señor, insisto, esa es información valiosísima. Tampoco es como si pudiésemos permitir que el senador juegue al detective con una investigación tan seria de por medio.

- Lo sé, pero no teníamos alternativa, Levi.

- Odio cuando personas ajenas intervienen, más aún, personas con influencias. ¿Cómo estamos seguros de que él no es el asesino? Ahora conocería todas nuestras jugadas y sospechas.

- ¿De qué hablas? ¿Qué jugadas? Él solo es un padre más, preocupado, dolido por la muerte de su única hija, ¡no un psicópata empedernido!

No me parecía bien confiar dicha información a alguien ajeno a la institución, pero al final terminé resignándome. Tal parecía ser que la decisión había sido tomada y ya no había vuelta atrás.

- ¿Y bien, inspector? ¿Solo pidió los archivos y ya está? ¿No va a tomar una decisión de por medio? ¿Acaso piensa despedirnos o reasignarnos a otro caso?

- Bozko suspiró y continuó – No, Levi. No va a hacer nada como eso.

- ¿Entonces… solo pidió los archivos… por mera curiosidad? ¿No sería eso algo demasiado… morboso de su parte?

- La investigación continuará…

- ¿Pero? Siempre hay un "pero", ¿no, inspector?

- Si, es muy bien como dices. El senador Marissí creyó que la dificultad de este caso está… en un nivel más allá del de uno común y corriente.

- Eso no es nada nuevo.

- Y para tu alivio, dijo expresamente que no intervendría en la

investigación…

- Bien…

- Pero que sí nos enviaría… a alguien.

- Refuerzos, por así decirlo – dijo Ferrec.

- ¿Qué? ¿A qué se refiere? – le pregunto riendo –. No somos la maldita infantería. No necesitamos de una caballería especial ni nada por el estilo.

- Marissí aseguró que haría todo lo posible en ayudarnos a atrapar al asesino de su hija. Fue por esto mismo, por lo que estuvo dispuesto a proporcionarnos la ayuda extra de un... detective.

- ¿Un… detective privado o algo así…?

- Se podría decir que sí, ya que lo contrató Marissí. Aunque la verdad es que desconozco acerca de él. Ayer tuvimos a aquí al senador hasta tarde, telefoneó hasta que sus dedos ya parecían estar a punto de caérsele. Al parecer uno de sus múltiples contactos, le dio información acerca de este… detective… que se supone que se especializa en casos de esta índole.

- Inspector, con todo respeto, no le estoy entendiendo nada.

- Levi, escucha: hace poco me llamó Marissí y me dijo que ya conoció al detective y, según este, es alguien que inspira bastante confianza. No hay por qué dudar del senador.

- ¿Acaso tendremos al maldito Sherlock Holmes entre nosotros? – dijo Ferrec riendo.

- Espere, ¿me está diciendo que aún no lo conocen?

- Exacto.

- Señor…, yo… no lo sé. No me inspiran confianza las personas ajenas a la investigación. De seguro que es un espía del senador; le informará cada uno de nuestros movimientos, lo mantendrá alertado y, esté seguro, de que si nos equivocamos, este terminará por saberlo. Insisto, inspector, no voy a confiar en una persona así.

La oficina se mantuvo en silencio por algunos instantes, ni Bozko ni Ferrec dijeron palabra alguna. Era como si una parte de ellos creyese en lo que dije, pero una parte completamente distinta, se encontrase ya resignada a

aceptar semejante situación.

En ese momento, cuando las palabras estaban a punto de salir de mi boca para seguir increpando a Bozko – sabiendo ya que ello resultaba casi en vano –, mis palabras se quedaron atoradas en mi laringe, siéndoles imposible la salida. Un espontaneo, pero suave llamado a la puerta de la oficina rompió con nuestros segundos de silencio.

- Por fin llegó – dice Ferrec –. Debía de estar aquí hace media hora. La idea era que nosotros lo conociéramos y luego te lo presentáramos.

- Esto no me gusta… No sabemos nada de esa persona.

- Solo su nombre – me dice ahora Bozko.

- ¿Y…? ¿Cómo se llama?

- Leona.

- ¿Una… mujer?

- Así parece.

- ¿Y solo eso?

- Si.

- ¿Leona? ¿No hay apellido ni segundo nombre o algo así?

- Esa es toda la información que se nos proporcionó. Lo siento, Levi, pero en esta ocasión… sabemos lo mismo que sabes tú.
Absolutamente nada.

Y antes de que siquiera pudiéramos decir “adelante” o “entre”; la puerta, con una total arrogancia, se abrió hasta el fondo, haciendo que la perilla golpease fuertemente contra la pared. Y estoy seguro de que, si no hubiese sido por las bisagras de esta misma, la puerta se habría caído debido a la violencia usada al abrirla. Fue en ese momento en que todos nos quedamos mirando, siendo hipnotizados por el impertinente sonido detrás de mí, en que la vimos por primera vez. Allí, de pie, bajo el umbral, se encontraba Leona.

Capítulo 2

¡Que Decepcionada Estoy!

Día 1: 11:57 AM.

Mi casa no era demasiado grande, aunque a simple vista se vía grande ya que vivía solo. Esta había sido construida de una manera elegante, pero casi en su mayoría era de madera. La verdad es que la conseguí a un precio muy barato, debido a que, si mal no recuerdo, hace algunos años se suicidó su antiguo propietario dentro de esta. Claro, después de aquello su precio se redujo de forma considerable, ya que nadie la quería comprar por simple y mero temor; pero yo no creo en estupideces como los fantasmas, esos son solo cuentos para asustar a los niños. En el primer piso se hallaba el comedor, una sala de estar y un pequeño salón para invitados. Tres habitaciones bastante amplias decoraban el segundo piso. Cada una de ellas conservaba lo necesario para satisfacer las necesidades básicas de cualquier invitado – aunque nunca los tuviese –. Mi dormitorio mantenía una única diferencia en relación con los otros dos: una cama más amplia y un closet enorme donde guardar la ropa. El resto de los muebles, tales como: veladores, tocadores y demás, estaban incluidos en las demás habitaciones.

Subí las enmaderadas y ahuecadas escaleras con el sonido de mis pasos resonando por toda la casa. Sobre mis manos cargaba ahora una bandeja con un plato de sopa sobre esta. Aunque ella no lo hiciese, por mi parte, debía de mostrar un mínimo de cortesía hacia un invitado, cualquiera que sea. Además, tal parecía ser el caso, que esa tal "Leona" se negaba a consumir algún tipo de alimentos sólidos. Creo que aquello es considerado una especie de… ¿problema psicológico?, aunque tampoco tenía intención de entrometerme en su vida.

Cuando llegué a mi dormitorio, me encontré con que se encontraba recostada en mi cama, boca arriaba, con brazos cruzados y mirada fija en el techo. Vislumbré los muebles cercanos y, me di cuenta, de que sobre uno de ellos se encontraban los documentos que ella me había solicitado.

Leona vestía una peculiar… ropa que… más se asemejaba a un disfraz infantil. Me refiero a un precioso vestido victoriano de color rojo opaco. Admito que le quedaba muy bien, pero aun así ¡estamos en 1925!, no puedes lucir eso en la calle sin que las demás personas te mirasen extraño. Aunque refiriéndose a Leona, lo menos extraño sería su anticuado vestido. Su rostro era increíblemente pálido, los surcos que lo componían eran tan lisos que parecían artificiales, similar a una muñeca de porcelana que no conocía arruga, imperfección o estigma alguno. Sus

ojos eran de un extraño color verde extremadamente intenso, claro y radiante, que al igual que su rostro, caería de naturalidad. Su cuerpo era delgado y muy pequeño, similar al de una niña de 14 o 13 años. Debido a esto mismo es como nunca estuve seguro de su edad. Además, para incrementar la confusión, su actitud y modos de ser, eran incongruentes con la apariencia que mostraba. Tampoco es como si aparentase madurez…, simplemente es algo difícil de explicar. Sin embargo, no fue su estrafalaria apariencia ni su singular color de ojos lo que más captó mi atención. Lo que en verdad me desconcertó de ella fue… el color de su cabello. Este no era rubio, castaño claro u oscuro, tampoco era rojizo o negro… No. Este sostenía un color blanquecino, un blanquecino tan intenso que se asemejaba al de los montes siberianos en inverno. Estaba seguro de que ni siquiera Bozko o Ferrec poseían un color de cabello semejante al de ella. Resultaba aún más extraño el hecho de que Leona no parecía sostener alguna anomalía como lo es el albinismo. Sus cejas, a diferencia de su cabello, no eran blancas; pero tampoco eran oscuras, estas eran... de un ligero color rubio. No había duda alguna: semejante cabello no era artificial, por alguna razón desconocida, dicho color era natural…

- ¿Aburrida? Creí que leerías los documentos que me solicitaste.

- Eso hago – me contesta sin dejar de mirar al techo.

Se mantuvo en silencio, ignorándome, como si de verdad se encontrase envuelta en la lectura. Por supuesto, no creí en ninguna de sus palabras.

- Te traje… tu comida. La dejaré aquí – le dije mientras ponía la bandeja con el plato de sopa sobre un mueble cercano.

- Conque nos quedan solo once días. Fascinante… – me dice a mí o quizás al aire, no lo sabía.

- Así es. En 11 días más, muy probablemente, una persona será asesinada.

- No, no lo creo – dice concluyendo con un bostezo.

- ¿A qué te refieres? ¿No me digas que ya resolviste el caso? – le pregunto en broma.

- Más o menos. Tan solo estoy segura de que dentro de 11 días conoceremos la identidad de nuestro asesino. Quizás menos.

- Pareces muy confiada – le pregunto desconcertado.

- La confianza deriva de la certeza, la certeza deriva de la seguridad detrás de tus acciones. Yo estoy confiada porque estoy segura de que tengo las habilidades suficientes para atrapar al asesino.

- Eso lo quiero ver.

- Si, y lo verás ahora mismo.

- ¿De que estas hablando?

Leona pareció salir del trance en el cual se encontraba, saltó de la cama poniéndose de pie y, por primera vez, sus profundos e intensos ojos verdes me miraban fijamente.

- Necesito un teléfono.

- ¿Un teléfono... para qué exactamente? - le pregunto.

- Debo llamar a Bozko para que me autorice la entrada a una escena.

- Tu sí que no pierdes el tiempo.

Le dije a Leona que no tenía teléfonos en mi casa, hecho por el cual se molestó momentáneamente de manera caprichosa e infantil y, luego, recuperando un poco su compostura y asegurando que por mi "podredumbre" no iba a perder valiosas pistas, salió de casa, tomó un taxi y se dirigió a la escena del crimen sin la previa autorización del inspector. Por supuesto, estaba más que claro que debía de acompañarla. En primer lugar: no podía permitir que un civil entrase de manera imprudente, como lo haría ella, a una escena del crimen sin supervisión previa de alguien de la institución. Y, en segundo lugar: porque era muy probable que no pudiese entrar ya que cada escena es custodiada por alguien de la policía y, si una persona llegase allí, como lo quería hacer ella, muy probablemente sería arrestada.

Cuando Leona se presentó ante nosotros hace unas pocas horas atrás, esta, por alguna razón que desconozco, habló por un tiempo a solas con Bozko, para que luego este me diese la orden de "supervisarla", "controlarla" y, para empeorar, darle alojamiento. No supe si fue por orden de ella o simplemente fue una idea de Bozko. Aunque en ese momento no entendí a que se refería exactamente el inspector al decir que debía de "controlarla". Me costaba entender como un ser de apariencia tan estrafalaria e inocente como ella, pudiese cometer algún desfalco que comprometiese la investigación; pero creo que ahora, conociéndola mejor, dicha orden está más que clara. No podía permitir que Leona, de alguna u otra forma, entorpezca la investigación por alguna

estupidez imprudente que se le ocurra hacer.

Lo peor de todo era que, antes de ir con ella a mi casa, me dediqué por algunos minutos a investigarla en los archivos de la UIP y, para mi sorpresa, no existía un expediente con sus datos. Tal parecía ser que era extranjera, así que, por el momento, únicamente debimos de confiar en sus palabras y en la posterior confirmación de estas mismas por parte del senador Marissí, ya que fue él quien la contrató. Además, Leona luego afirmó que ella solo se interesaba por ciertos "casos", no nos dijo más. Aseguró también que su profesión no era ser detective, que este era solo su pasatiempo que venía de la mano con su verdadera profesión. Por eso estoy casi completamente seguro de que Leona no tiene una placa consigo ni nunca la tuvo, a diferencia de Ferrec, que por lo menos él si fue un anterior miembro de la UIP. Pero de Leona no sabemos nada, ni siquiera su edad. "Leona…": estoy seguro de que ese no es su verdadero nombre.

Cuando íbamos en el taxi intenté sacarle alguna información, pero todas sus respuestas resultaban ser banas y superfluas o meramente no respondía.

Es así como nos dirigíamos al lugar de origen, el sitio donde todo comenzó: Ximena Xinéz, 45 años, prostituta. La encontraron muerta la mañana del 18 de septiembre, aunque los resultados de la autopsia posterior revelaron que falleció alrededor de las 9 a 10 de la noche del 17 de septiembre. Su causa de muerte fue desangramiento. Le habían apuñalado el estómago una sola vez, pero dicha herida había sido lo suficientemente precisa como para ser mortal.

- No sé qué piensas buscar aquí – le dije –, ya ha pasado casi un mes desde que ocurrió el crimen.

- La escena del crimen siempre será la escena del crimen – cuando dijo eso tuve una sensación rara, ya que un recuerdo de mi casa me vino a la cabeza –. Además, todavía tengo las fotografías. Sería un verdadero desastre si aún conservaran el cuerpo allí. Con las fotos me basta.

Dicho aquello, Leona no volvió a hablar más en todo el recorrido.

Una vez llegamos, el taxi nos dejó en uno de los sectores más marginales de la ciudad, justo en frente de una vieja casa de madera. Esta, al igual que la mía, contaba con dos pisos. La puerta de entrada se encontraba rota debido a la brusca intervención policial. Pero, a diferencia de mi casa, esta apenas tenía un único dormitorio; está más que claro que era bastante estrecho por dentro. Dos policías custodiaban la entrada, estos nos permitieron pasar sin problemas una vez que les enseñé mi identificación junto con mi placa de la UIP, además que ya me conocían

con anterioridad.

Al entrar no debimos de forzar la puerta – es irónico que diga "debimos", porque si se hubiese dado la ocasión, estoy seguro de que ese "debimos" se transformaría en un "debí" – solo empujarla un poco. Un putrefacto aroma a sangre entremezclado con un insoportable polvo penetró nuestras narices. El primer piso era claustrofóbico, oscuro y sucio; este contaba con una limitada cantidad de muebles de muy baja categoría: un sillón, una alfombra polvorienta, estantes con libros que no habían sido abiertos en años. La casa ni siquiera contaba con un juego de cortinas en sus ventanas, pero aún así, el polvo era tal, que este se ensimismaba sobre la plenitud del cristal, oscureciendo en gran medida casi todo su interior. No obstante, yo sabía muy bien que aquel hedor a sangre provenía del segundo piso. Mientras subíamos unas frágiles y sonoras escaleras que rechinaban de manera insoportable a cada paso que dábamos, pareciendo así que se desplomarían en cualquier instante; Leona me preguntó:

- ¿Quién encontró el cadáver?

- Sin mal no recuerdo, una amiga de la víctima: Mary Rose Green.

- Ya veo. La información del archivo decía que Green se encontraba preocupada, ya que cuando su amiga "trabajaba", ella cuidaba de su bebe para que este no interrumpiese… ¿Estoy en lo correcto?

- Si, así es.

- Bien… – me respondió sonriendo – ¿Qué hay de la policía? ¿Tú y Ferrec comenzaron enseguida a investigar el caso?

- Más o menos. Al comienzo de la investigación Bozko me dijo que se me uniría un tal "Viktor Ferrec". Nunca había trabajado u oído antes de él. Por lo que me parecía bastante sospechosa su prematura inserción al caso.

- Humm, interresante – dice marcando demasiado la "R" intermedia de la palabra –. Eso quiere decir que ya es segunda vez que un completo extraño para ti interviene en la investigación.

- Casi de manera sorpresiva e impertinente, viéndome superado por la curiosidad, le pregunté – ¿Eres extranjera?

- ¿Eh…? más… o menos. Es no es relevante.

- No tengo idea de que quieres buscar, ya toda la evidencia está en el departamento de la policía, en una bodega de la UIP. Además, tienes las

fotos, ¿Por qué tuvimos que venir hasta aquí?

- Hay algo que me molesta: el reloj…

Casi olvidaba por completo lo más importante: explicar la escena del crimen. Ximena Xinéz, como dije anteriormente, fue encontrada el 18 de septiembre y muerta el 17. La escena como tal fue horrible. Esta fue encontrada de rodillas en el suelo, con brazos extendidos y cuerpo apoyado sobre una cama muy desordenada, sosteniendo una precisa puñalada en su estómago. Pero eso no fue todo. El asesino, por alguna razón cortó los brazos de Xinéz a una altura mediana entre el codo y la muñeca. Luego procedería a hacer que las manos, ya cercenadas de la víctima, sostuviesen un reloj; esos típicos relojes que por lo general van arriba de la chimenea. Además, aparte de cortarle los brazos, el asesino le arrancaría ciertos dedos de las manos. Ni la mano izquierda ni la derecha poseían los pulgares. La mano derecha conservaba solo el índice, el medio y el anular, el meñique había sido cortado, pero no desde la raíz, el asesino había dejado uno de los tres huesos que componen un dedo. Por otra parte, en la mano izquierda, el indicie había sido cortado completamente desde la raíz, pero el dedo medio, al igual que el meñique de la mano derecha, había sido dejado con un único hueso de los tres que componen un dedo. El resto de los dedos de la mano izquierda – claro, a excepción del pulgar – se mantenían en sus respectivos lugares. En otras palabras, en la mano izquierda se conservó el meñique y el anular, cortando el índice y dejando parte del dedo medio. Además, el rostro de la víctima había sido cubierto por un trozo de tela negra, algo así como un trapo.

- Así que los brazos sostenían un reloj… Interresante. Aunque me molesta el hecho de que el reloj no haya sido tomado como evidencia – dice Leona.

- No es que no haya sido tomado como evidencia, simplemente no le dimos tanta relevancia como le daríamos quizás… al arma homicida. Tampoco es como si lo hubiésemos ignorado por completo, este sería retirado una vez limpiásemos la escena. Las personas que quisiesen estudiar el reloj podían venir a hacerlo aquí. Además… creo que el reloj simplemente era una distracción que nos puso el asesino.

- ¡Oh, no, no, no! – responde casi ofendida por mi comentario –. Es todo menos una distracción. En realidad… diría que es más bien un… mensaje. Si las fotos no me mienten, el reloj contaba únicamente con dos manecillas, la de la hora y la de los minutos. La manecilla de la hora apuntaba a la mano derecha, mientras que la manecilla de los minutos apuntaba hacia la mano izquierda. Si las mirábamos en conjunto estas se veían en posición horizontal, como si fuesen una única línea recta.

¿Casualidad? no…

No le respondí a Leona, porque en el fondo sabía que me increparía por alguna especie de error que cometí.

Una vez llegamos al dormitorio de la víctima, este aún conservaba la cama envuelta en blancuzcas y sucias sabanas ensangrentadas. Incluso el suelo del dormitorio era teñido por un profundo color oscuro. Un pequeño mueble con algunos cajones y la cama, era todo lo que decoraba aquel pequeño dormitorio.

- Ah..., me molesta cuando matan prostitutas.

- ¿Por qué? – Le pregunto.

- Es demasiado fácil matarlas.

- Voy a abrir la ventana, no soporto el polvo ni el hedor a sangre – le dije ignorándo su comentario tan fuera de lugar.

- ¡Ni se te ocurra! – me grita –. No quiero que contamines más la escena de lo que ya lo han hecho. Si nuestra relación fuese distinta, tú en mi lugar y yo en el tuyo. En otras palabras, tú conoces a Leona y Leona conoce a… a… a… ¿cómo era?

- Levi.

- ¡Levi! Cierto, cierto. Entonces te pediría que salgas de la habitación para que no me molestes. Pero, basándome en la mera obviedad actual de nuestra situación y la actitud de Bozko y tuya, estoy más que segura que me ven como una simple civil que no tiene idea de cómo investigar. Aunque la verdad… los comprendo, suelo hacer lo mismo con la mayoría de las personas.

- ¿Las cuestionas antes de conocerlas?

- No, no. Para mí no hay investigadores.

En ese momento reí como si ella hubiese lanzado algún chiste, pero su rostro se mantuvo tan frio y tranquilo como siempre. Leona nunca miraba a los ojos, hecho por el cual me molestaba un poco más su actitud.

Ella únicamente procedió a analizar la escena, la miraba de arriba abajo, estática en un punto fijo del dormitorio, mientras hablaba conmigo, como si estuviese buscando algo.

- Que egocéntrico de tu parte.

- Por supuesto. Soy una persona narcisista, antisocial, manipuladora y… con ciertas tendencias psicopáticas. Ahora, guarda silencio.

Leona se lanzó al suelo sin importarle que hubiese sangre seca o polvo sobre él, y así contempló lo que se encontraba bajo la cama. Extendió su brazo y sacó el reloj que tanto estaba buscando.

- ¿Sabes… "Ivi" …?

- ¡Levi!

- Esto podría haberlo hecho recostada desde la comodidad de lo que alguna vez fue tu cama. Simplemente quería verlo con mis propios ojos, ya que no estaba registrado como evidencia. Solo me bastó con las fotografías.

- Ahora estas recostada en el suelo, sobre un montón de polvo, sangre seca y quien sabe cuanta mugre más.

- Bueno… podríamos decir no hay mucha diferencia, ¿no crees? Como sea, solo con las fotografías era suficiente – dice aun estando recostada boca arriba en el suelo, mientras parecía examinar el reloj de una forma minuciosa.

- Lo haces ver muy fácil. Si es así, entonces dime, ¿qué diablos fue lo que encontraste?

- Simple: algo tan simple que casi resulta ser… decepcionante.

- Entonces, ¿cuál es el supuesto mensaje?

- Después te lo diré, cuando vayamos camino a casa. Ahora solo quiero revisar… un poco más la escena.

Leona se levantó del suelo, dejó el reloj a un lado con un total desprecio hacia este, y procedió a desplazarse por los alrededores del pequeño dormitorio.

- No quiero buscar afuera de la habitación – me dice ella – por la simple y llana razón de que sería una pérdida de tiempo.

- ¿Por qué lo dices?

Al acabar mi pregunta sentí como si ella me hubiese ignorado, pero no lo

hizo. Esta meramente quería responderme de otra… manera.

De forma súbita y casi natural, se acercó hacia la cama en que falleció la víctima, se sentó y ágilmente, antes de que pudiera reaccionar, se recostó en la misma cama, cubriéndose con las sabanas ensangrentadas.

- ¿¡Q…q… que demonios… estás haciendo!? – le dije confuso debido a la espontaneidad de la situación.

- Silencio. Déjame pensar – me responde mientras se acurrucaba en aquella cama.

- ¡Leona, sal de allí ahora mismo! ¡es una orden! ¡Deberé de arrestarte si permaneces allí por un segundo más! ¡Por lo menos respeta a los muertos!

- Levi, dime algo, viste bien las fotografías, ¿cierto? – me dice con completa tranquilidad, ignorando mis amenazas.

- ¡Por supuesto que las vi! ¡Soy el encargado del caso ¿Cómo no las vería?¡ ¡Sal de allí ahora mismo si no quieres ser esposada!

- Ese es el problema, Levi – me responde con total indiferencia ante la situación –, ¿con que ropa murió la victima?

- ¿Ropa? ¿Enserio me preguntas eso ahora? – le pregunto ya viéndome casi sobrepasado ante la situación.

- ¿Qué llevaba puesto, Levi?

Comencé a recordar y las imágenes empezaron a pasar por mi mente. No había duda, sabía bien cómo iba vestida ella.

- Una... falda muy larga y una blusa de color… negro, creo ¿Por qué preguntas? ¿¡Sabes!? ¡Ni siquiera me importa saber! ¿¡Podrías, por favor, salir de allí ahora mismo!?

- Ahora, Levi, revisa los cajones de la cómoda de allí. Ve que ropa hay y dime con exactitud lo que observas.

Tan confuso como antes y sin saber cómo actuar, me dirigí hacia la única cómoda que había en aquel pequeño dormitorio. La abrí y, para mi sorpresa, existían dos tipos de prendas de vestir. El primer tipo de ropa era común y corriente, como se esperaría de una mujer de su edad; mientras que el segundo tipo, era provocativo, claramente usado solo para fines sexuales.

Le dije a Leona con precisión todos los tipos de prenda de vestir que vi allí. Entonces ella, aún acurrucada en la cama, me responde:

- ¿No te parece raro?

- ¡Lo único raro aquí eres tú!

- En una de las fotografías se aprecia como la victima vestía la ropa que antes me señalaste, la ropa del primer conjunto, la ropa normal, pero ¿no crees que eso iría en contra de su oficio? ¿A quién demonios seduciría de esa forma? ¿A un cura? – me dice al final con mucha seriedad, no sabiendo si hablaba enserio o decía una broma.

- Es una prostituta vulgar, corriente, no importa a quien, a ella solo le importaba hacer su trabajo – le respondí.

- Pensaría lo mismo si no me hubieras dicho los distintos tipos de ropa que hay en el cajón. La victima claramente vestía distinto a la hora de trabajar, o por lo menos esa es la mera suposición. Ahora bien: lo innegable del hecho, es que las sabanas estaban demasiado estiradas y limpias, ¿Por qué? Está más que claro.

- ¡Espera, espera! Las sabanas si estaban arrugadas.

- ¡Claro que lo estaban! pero solo de forma superficial, nadie había dormido en ellas. En otras palabras: la víctima y el asesino nunca usaron la cama para fines sexuales. Nadie durmió en ella, porque al momento de morir, la victima cayó sobre la cama y agonizó sobre esta misma. No durmió allí. La victima si la usó, pero en sus últimos momentos de agonía mientras el asesino la miraba con indiferencia – Leona hablaba ahora mucho más rápido que antes, como si se estuviese emocionando –. Por tanto, es fácil inferir que el asesino no intentó violarla, ni antes ni después de muerta. Además, según los resultados de la autopsia, en ninguna parte del cuerpo se encontró fluido corporal alguno extraño a la victima, claro está. Y, estoy segura de que dentro de la cama tampoco.

- Que asqueroso…

- Ahora, Levi – dice ignorando mi comentario –, ¿no crees que es raro que el asesino haya venido hacia una prostituta y esta no haya tenido planeado servir de prostituta? ¿Por qué vendría con un hombre a su dormitorio si no era para fines sexuales?

- ¿Un amigo de la víctima, quizás?

- Aceptaría tal teoría si fuese por el hecho de que, su amiga, Mary Rose

Green, estaba cuidando al bebe de la víctima.

- ¿Entonces que propones?

- El asesino era alguien con cierta… influencia. Lo suficiente como para asustar a Ximena Xinéz y, hacer que esta, al verse en una situación problemática, le pida a su amiga que cuidase del bebé mientras ella intentaba lidiar con alguien bastante… serio. Ahora bien: si no hay fluido corporal alguno y no hay rastros de violencia innecesaria, es fácil inferir que esto no fue algo impulsivo o sentimental. Está claro que fue premeditado, de antemano claro – se mantuvo en silencio por un momento, y luego dijo de manera súbita – ¡Ah, vámonos! – se levantó de la cama y tiró las sabanas al suelo –. Estoy cansada de viajar – dice ahora con pereza.

- ¿Eso es todo? ¿nos vamos, así como así? – le pregunto sorprendido.

- Por supuesto, ¿qué más esperabas?

- ¿Qué hay del supuesto mensaje?

- ¡Oh, cierto, cierto! Casi se me olvidaba. Ah, en el camino te lo contaré. Vámonos. Quiero dormir, además… mi estómago está deseando la sopa que preparaste.

- En ese caso debemos de avisar al departamento.

- Haz lo que quieras, tengo sueño – dice mientras se sobaba los ojos con las manos empuñadas, similar a un gato –. Dormiré cuando llegué a casa ¡Ah…, qué decepción de escena!

Antes de que saliéramos del dormitorio, Leona, con un rostro apagado, recogió el reloj que había dejado en el suelo, lo sujetó con fuerza y apuntó hacia la única ventana que había. Cuando me di cuenta de esto y de sus obvias intenciones, rápidamente le sujeté su frágil y delgado brazo antes de que llegase a lanzar el reloj. No podía creer que en verdad haya intentado lanzar un reloj por la ventana solo porque la escena le pareció aburrida. ¿Qué tan infantil y caprichosa puede llegar a ser?

Después de llamarle la atención como ya se estaba haciendo de costumbre para mí, salimos de la casa y tomamos un taxi para regresar. En el camino me di cuenta de que ella en verdad mantenía un rostro de clara decepción, como si se hubiese resignado al aburrimiento.

- Entonces… ¿me lo dirás? – le digo con cierta exasperación.

- Siempre y cuando no me dejes dormir en esas montañas de polvo y

arañas que denominas “camas”.

- ¿Acaso pretendes dormir conmigo?

- Descuida, soy conocida por mis buenos gustos – me dice sonriendo –. Bien, comenzaré. ¡Dime algo, Levi; la manecilla pequeña del reloj marca la hora, ¿cierto? – asentí en silencio – la otra los minutos y la otra, que en este caso no estaba, los segundos! – me termina diciendo con un evidente entusiasmo en sus palabras –. Solo tenemos horas y minutos, dos manos ¡qué gran misterio! – dice con sarcasmo al final – Sin contar el pulgar, ¿cuantos dedos tenemos, Levi?

- 8 en total, 4 en cada mano.

- Me aplaude rápidamente y con ironía – Bien. Ahora dime, Levi, de esos 4 dedos, ¿cuántos huesos componen cada uno de ellos?

- Un dedo está compuesto por 3 huesos

- ¿Y si tenemos 4 dedos…?

- Tendríamos un total de 12 huesos, ¿cierto? ¿eso es lo que me estas tratando de decir?

- No lo sé, Sherlock. Dímelo tú.

- ¿Te han dicho que puedes llegar a ser una persona muy destable?

- Tienes razón, más pareces mi Watson.

- En verdad, eres detestable…

- Descuida, al final siempre me terminan amando. Todos lo hacen. ¡Continuando con los dedos! Dime Levi, ¿cuántos dedos y huesos tenía la mano derecha de Ximena Xinéz?

- Tenía tres dedos.

- ¡ERROR!, Completa la oración Levi. Los huesos principales de la mano son cuatro, falanges distantes, proximales, media y distales. Los dedos solamente están compuestos por los últimos tres. En la mano derecha de Ximena Xinéz el meñique fue cortado casi en su plenitud, dejando únicamente atrás un pequeño hueso llamado falange proximal. Ya sabes, ese pequeño huesito que comienza en la raíz del dedo. Ximena Xinéz, en su mano derecha, solo tenía 10 de los 12 huesos que componen los dedos. Ahora dime, Levi, ¿crees que es casualidad que la manecilla de la hora haya apuntado hacia allá? No, ¿verdad? ¡Claro que no! Las

casualidades no existen.

- Entonces… ¿10? ¿Ese es tu mensaje?

- Aún no termino. En el segundo caso, ahora con la mano izquierda, sucede lo mismo, pero con lo minutos. Si tomásemos cada uno de los 12 huesos que componen la mano y le damos un valor de 5, ¿cuánto tendríamos en total, Levi? Sabes multiplicar, ¿cierto?

- 60.

- ¡Correcto! Sería un total de 60 si cada hueso equivale a 5. Por tanto, ¿cuántos huesos teníamos en la mano izquierda, Levi?

- Habían dos dedos y un hueso pequeño, así que un total de 7

- Multiplicamos 7 por 5 y nos da un total de 35. Ahora bien: si la hora marcada era 10 y los minutos eran 35, ¿Qué nos dice eso…, Levi?

- Que la próxima víctima moriría a las 10:35...

- Exacto. Pero… solo nos dice eso. Aunque quizás… hasta nos podría haber dicho donde puede ocurrir el próximo asesinato, nada más. Por eso digo que es decepcionante, creí que obtendríamos más información de esta escena, ¡Mañana iremos a la iglesia!

- No pareces creyente muy devota.

- Que gracioso Levi – me responde ironía –. No, no vamos a ir a jugar a ser "Peter Pan". Vamos a ir a resolver el próximo homicidio. Es curioso lo del reloj y que el siguiente asesinato haya ocurrido en una iglesia... con un reloj enorme sobre esta.

- Sé lo que estas pensando. Las casualidades no existen, ¿cierto?

- Sin mirarme, sonríe y, cambiando de tema, me dice - Cada 11 días, ¿cierto?

- Si, cada 11 días muere alguien.

- Entiendo. Tal pareciese ser que el sujeto sostiene alguna especie de… fascinación por dicho número.

- ¿Por qué lo crees?

- ¡Por favor, Levi! ¡Estoy segura de que te diste cuenta! ¡Tan solo mira el nombre de la víctima…! ¿Acaso me dirás que no viste nada raro en él? ¡Solo analizalo con minuciosidad y te darás cuenta de lo que digo! Sea

como sea, sigue siendo interresante… ¿Qué significara aquella macabra fascinación para él? ¿Por qué ese número? ¿Por qué solo mujeres? No tengo idea, ¿se te ocurre algo?

Capítulo 3

Una Extraña Discusión.

Día 1: 19.23 PM.

Me bajé del taxi, como era habitual, justo en frente del departamento de policías. Aún me dolía la cabeza debido a la madrugadora llamada a la puerta que recibí varias horas atrás. El frio aún entumía mis manos y resecaba mis labios, la monótona brisa habitual revolvía mi cabello en un sinfín danzante de soplos desesperados.

El departamento de policía se encontraba mucho más despejado que en la mañana, así que no tuve dificultad alguna en pasar por la entrada principal. Como era de esperarse, saludé a algunos compañeros de trabajo, subí las escaleras para dirigirme directo a la oficina del inspector Bozko. Muy probablemente se encontraría también Ferrec, ya que le envié un telegrama asegurándole que necesitaba hablar con él y Bozko acerca de un asunto urgente. Estaba más que claro que dicho asunto solo tenía un nombre: Leona.

Al entrar, sin siquiera antes tocar la puerta, me encontré con el inspector charlando gratamente con Ferrec. Era como si no tuviesen preocupaciones. Por eso me molesté un poco.

- Inspector… tenemos que hablar.

Bozko se mantenía tranquilo, sentado en su escritorio como era de costumbre, mientras, delante de él, se encontraba mi compañero Viktor Ferrec.

- Cristopher – me dijo ahora con menos formalidades y llamándome por mi nombre –, sé que estas molesto. En tan solo unos minutos me di cuenta de su… actitud, pero también debes de entendernos. No podemos asignarle una casa con el financiamiento de la policía, ¿sabes el revuelo que se armaría si se enteran de que estamos contratando personas para ayudarnos con la investigación?

Apenas había tenido un momento para abrir mi boca y ya sabía el por qué me encontraba allí. Verdaderamente es aterrador cuando una persona te conoce demasiado.

- Dirán que somos unos incompetentes – continuó él –. Además, recuerda

que debemos mantenerla vigilada.

- Controlada, querrá decir. Inspector, no me fío de esa mujer. ¿Por qué debía de ser yo? ¿Por qué no usted o Ferrec?

- Sabes que tengo una esposa y dos hijos. Leona no es la persona más… normal del mundo. Además, Ferrec tiene una hija de cual ya preocuparse.

- Por supuesto, mandan a los locos a mí casa solo porque vivo solo. ¡No sabemos nada de esa mujer, inspector! ¿O es que acaso usted sabe algo?

- Bozko suspira – Hace algunas horas hablé con Marissí. Tal parecía ser el caso que él ya investigó… un poco acerca de ella.

- Ya veo… así que tampoco sabía mucho. ¿Y? ¿Qué sabe que yo no sé?

- Bueno… son solo rumores en realidad. Pero… según él, Leona tiene prohibida la entrada a varios países.

- ¿Cómo cuáles?

- La Confederación del Rin, el Imperio de Kaunas, la Teocracia Ortodoxa, entre otros que desconocemos.

- ¿La Confederación? ¿La Teocracia? ¡Hasta Kaunas! Es raro oír eso, muy raro. Estoy seguro de haberle notado algún acento que creí perteneciente al este del continente, hasta puede que haya sido similar al que usan las personas del Rin. Pero eso no importa ahora. Inspector, ¿qué diablos fue lo que hizo nuestra… "amiga" para enfadar tanto a los ortodoxos y a los del Rin cómo para prohibirle el ingreso?

- Desconozco los detalles. Aunque sería lógico de nuestra parte inferir que Leona no es exactamente una "santa", ¿te imaginas que diría la prensa si se entera de que estamos contratando criminales extranjeros, buscados internacionalmente para resolver un caso con el que no hemos podido lidiar nosotros?

- Si es como usted dice, inspector, es más preocupante aún el hecho de que Leona trabaje con nosotros. ¡No podemos confiar en ella!

- El senador me dio su palabra, Levi. Me aseguró que sí lo podíamos hacer. Me dijo que ella era una autentica persona de confianza.

- ¿¡Entonces por qué demonios la busca la mitad del continente!?

- ¡No lo sé, Levi! Sabes que muchos de nosotros fuimos a la guerra y…

allí… pasaron una serie de cosas… desafortunadas.

- ¡Ridículo! ¿¡No va a creer usted que ella participó en una guerra de hace 10 años!? Menos aún con ese diminuto y pequeño cuerpecillo suyo, ¡es probable que ni siquiera haya nacido en aquel entonces! ¿¡Pensó usted en eso inspector!? – le digo molesto.

- ¡Levi, guarda silencio! – intervino Ferrec –. Tu trabajo solo es seguir órdenes. Nada más. Las ordenes no se cuestionan, solo se cumplen. Punto.

- ¡No cuando esas órdenes ponen en riesgo la integridad de un caso tan complicado! ¡Y hasta, quizás el más importante de la historia de este país!

- Levi, escucha – me dice Bozko –, si Leona causase alguna complicación en la investigación, o cometiese algún error que resultase ser contraproducente para esta misma, créeme, no dudaré ni un segundo en dejarla fuera. Te lo garantizo. Tienes mi palabra.

Pensé en aquella situación por un momento, en verdad no estaba conforme. Pero quizás, solo quizás, esto, de alguna u otra forma, pudiese ser… benéfico.

- ¿En verdad me da su palabra, inspector?

- Te doy mi palabra, Levi.

- Bien. Ahora pasemos a lo importante – dice Ferrec con un tono sombrío en su voz.

- Por favor, no me digan que va a entrar otro loco por esa puerta autoproclamándose el mejor detective de todos.

- ¿Enserio hizo eso? – me pregunta Bozko con una sonrisa en su rostro.

- Más o menos, aunque…eso sería solo un poco de todo lo que ya ha hecho esta mañana.

- Thomas, no nos desviemos del tema.

- ¿Qué sucede? – les pregunto extrañado –, se ven… raros. Solo quería hablar acerca de Leona, nada más.

La sonrisa que antes había adornado el rostro de Bozko rápidamente cambió, transformándolo así en uno mucho más oscuro y sombrío que antes. Ahora este era invadido por una seriedad inconmensurable. No una inexpresiva y escalofriante seriedad con aires de vacío interior como la de

Leona cuando pensaba, sino más bien como la de Ferrec: una inmaculada seriedad con aires de autoritarismo.

- En realidad, Levi – me dice Bozko –, había otra cosa sobre la cual queríamos… hablarte.

- Bien… ¿Y que sería eso?

- Dudo que estés familiarizado con el asunto, pues pasó hace mucho. Además… aquellos crímenes no llegaron a ser tan… "populares" como los de ahora. Pero… en ese entonces, cuando Viktor aún trabaja con nosotros, ocurrieron, al igual que ahora, una seguidilla de asesinatos, todos ellos relacionados con lo mismo: el mismo número. Todos ellos estaban relacionados con el numero 11…

Tenía la sensación de que ya había escuchado esto con anterioridad. Leona me había dicho algo similar cuando fuimos a la escena del crimen esta mañana. Puede que cause sorpresa, pero tan solo hasta ahora el número 11 se había visto tan involucrado en la investigación.

Me di cuenta de algo extraño en Bozko y Ferrec, sus miradas se clavaban punzantemente en mí. Era como si estos estuviesen esperando a que reaccionase yo ante la historia, como si esperasen algo de mí al oírla. Pero era más que obvio que no iba a reaccionar.

- Debo aclarar algo también. Dichos crímenes – continuó Bozko – no sostenían una meticulosidad tal como los de ahora. Por tanto, es fácil inferir que los asesinos son distintos.

- ¿Entonces nos estaríamos enfrentando a un imitador?

- Es lo más probable. Aunque sinceramente prefiero más al original. Lo importante de esto es el hecho de que, si la prensa se enterase, montones de rumores relacionados con fantasmas y demás llenarían los titulares. Sin mencionar que nos tacharían de mentirosos. Está más que claro que no puedo permitir tal estupidez.

- ¿Mentirosos? Inspector, dígame con completa honestidad, ¿debo de asumir que el asesino murió?

- No – dijo ahora Ferrec con su típico tono de voz –. Nunca dijimos eso. Al asesino nunca se le encontró. Punto.

- B…bien – respondí algo tartamudo debido a la sorpresa que me causó su respuesta cortante – ¿Hace cuánto… exactamente ocurrieron estos crímenes?

- 17 años – respondió Bozko –. Hace 17 años atrás.
No quería admitirlo, pero me di cuenta de que había algo extraño en la actitud de Ferrec. No sé si pueda asegurar que este se encontraba más "sensible" que, de costumbre, pero lo cierto es que había algo extraño en él. Sin mencionar aquella coincidencia que merodeaba por mi cabeza. Los asesinatos fueron acontecidos hace 17 años atrás, misma época en que Ferrec dejó el cargo. Existía una clara correlación de los hechos. De todos modos, no se lo iba a preguntar, ese sujeto en verdad a veces resultaba ser intimidante. Además, también había algo raro con Bozko, era como si eligiese sus palabras con sumo cuidado. Primero me miraba, luego miraba a Ferrec, como si este le diese permiso para seguir.

- Inspector, ¿en verdad piensa que esto puede estar relacionado con unos crímenes acontecidos hace… casi 20 años ya?

- No lo sé, Levi. Pero de todos modos es mejor que te enteres de esto, solo… por si acaso…

- Si es así, entonces debo de solicitar los archivos de la investigación que se llevó acabo en 1908. Si en verdad está relacionado con los sucesos de ahora, debo de estar lo más informado posible.

En ese momento Ferrec miró a Bozko y, del mismo modo, Bozko lo miró a él. Se sentía como si supiesen algo que yo no. Me sentí traicionado, porque Ferrec le hizo una clara señal negativa a Bozko. Y de esa forma, aseguraron que los archivos se habían perdido con el paso del tiempo, quedando una mera carpeta vacía, casi como para rellenar el hueco. Aquello no es algo raro, suele pasar con los crímenes muy antiguos, en especial si hubo una guerra como la nuestra, pues después de la invasión por parte del Rin, debido a que nuestra pequeña nación era un socio comercial del Imperio que, se negó a romper relaciones, nos vimos sometidos a un duro régimen que duró hasta el fin de la guerra entre Kaunas y el Rin: la guerra que vino antes de la gran guerra. Pese a todo, así desconcertó bastante aquellas miradas suspicaces que se lanzaban entre ellos, ¿en verdad pensaron que era idiota? ¿Yo? No me hagan reír.

- Los objetivos que seleccionaba el asesino, de cierta manera, solo eran… mujeres – me dijo Bozko en un intento de aliviar mi evidente insatisfacción –. Y a diferencia de ahora, estas murieron el 11 de cada mes.

- ¿A que se refiere exactamente al decir "de cierta manera"?

- Calma, permíteme ir por parte. A todos… los objetivos, usando algún instrumento afilado, les escribían en la zona baja de sus abdómenes el número 11 en números romanos. No está demás decir que todos los objetivos, al igual que ahora, fallecían de maneras variadas. La primera falleció de un golpe en la cabeza, la segunda falleció desangrada por un

corte en el cuello y, finalmente, la última murió… – se detuvo por unos instantes, como si dudase de sus palabras, además, no me quitaba una misteriosa mirada inquisitoria de encima – apuñalada...

La mirada de Ferrec era esquiva, no quería hacer contacto visual ni conmigo, ni tampoco con Bozko. Algo raro sucedía.

- Inspector, no entiendo, ¿a qué se refiere con "objetivos"?

- A diferencia de las víctimas de ahora, las de ese entonces eran… mujeres de hogar. En otras palabras, tenían familia.

- ¿Y eso hacía alguna diferencia?

- Oh, sí que la hacía, y es justamente eso lo que responderá a tus preguntas. Cuando el asesino las mataba, también mataba a todo aquel que se encontrase en casa en ese momento, en otras palabras, eliminaba a toda la familia,

- Espere, ¿está diciendo que el asesino las mataba en sus propios hogares?

- Correcto. Pero a los únicos que les realizaba la marca que antes mencioné, eran a sus objetivos: las respectivas mujeres. Es cierto que dije que había solo 3 víctimas, pero me refería a los 3 objetivos que seguían el modus operandi del asesino. En total fueron 12 las personas que este sujeto mató.

- ¿Cómo fue que nunca lo pudieron atrapar?

- No es tan fácil como piensas. Ten en cuenta que solo fueron 3 familias con un mes de diferencia cada una. Ya para cuando íbamos en la segunda familia nos dimos cuenta de a que nos enfrentábamos.

- No lo entiendo… 12 personas asesinadas, ¡12! ¿¡Cómo la prensa no se enteró de nada!?

- La prensa no lo hizo, Levi, por el simple hecho de que preferimos mantener el secreto y disimular todo como simples robos. Nunca mencionamos nada del patrón de las víctimas, ni mucho menos del número "11". La razón principal fue que no queríamos armar un revuelo innecesario. Y ni te imaginas lo difícil que fue ocultarles la verdad a las familias.

- Tal como lo están haciendo ahora…

- A veces, Levi, hay información que no necesita saberse, porque al ser la información poder, en muchas ocasiones no somos capaces de saber

adónde a punta dicho poder, siendo muchas veces… nosotros mismos los afectados. La segunda razón, fue porque creíamos que el asesino bajaría la guardia si no le dábamos demasiada importancia a sus crímenes. Sabes que estos sujetos son egocéntricos, les gusta que la gente se entere de lo bueno que son asesinando personas, mintiendo, manipulando; les gusta decirle a los demás lo inteligentes que son. No podíamos darle lo que quería: un verdadero espectáculo.

- Pues parece que lo que resultó en 1908 no está funcionando del todo bien en 1925.

- Los tiempos cambian, Levi. Cada vez es más difícil ocultar la verdad de las cosas. Puede que las personas sean masoquistas y los periodistas unos sádicos, pero la verdad jamás dejará de existir, al igual que nuestro infinito deseo por conocerla. El problema de la verdad, Levi, es que hace daño. A veces, si se garantiza la felicidad de las personas, es mejor que vivan una vida llena de mentiras, que una vida llena de verdades que les causarán dolor, angustia, miedo y desesperación.

- Dejando todo eso de lado, inspector, creo no haber entendido bien la razón de por qué me está diciendo todo esto.

- Bozko miró a Ferrec y luego me volvió a mirar – Bueno… creíamos que quizás preguntarías tarde o temprano. Además… tiene cierta relación… con los homicidios actuales.

- Entiendo…, gracias, supongo.

- Ya veo… – susurra Ferrec para sí mismo, creyendo que no lo escucharía –. Así que al final en verdad que no recuerda.

Después de seguir por varios minutos la conversación con Bozko y Ferrec, dejé la oficina, antes mencionándole a Ferrec, por petición de Leona, que le enviaría un telegrama dándole la hora para reunirnos mañana en la segunda escena del crimen.
Cuando tomé el taxi para regresar, la noche ya había caído y en el camino de vuelta casi olvidaba por completo que tenía a esa… "criatura" esperándome. Y digo criatura refiriéndome más en el sentido cercano a la existencia de una mascota.

Con confianza abrí la puerta de mi casa y, apenas lo hice, me aterré. Allí se encontraba ella, tumbada boca abajo, en el suelo, a tan solo unos escasos metros de la entrada principal. Su vestimenta era distinta, ahora parecía llevar una camisa ancha muy despegada de su delgado cuerpo, similar a la de un hombre. En ese momento rogué a Dios porque no fuese una de las de mi armario, también llevaba una especie de pantaloncillos

recortados hasta una altura cercana a las rodillas.

Corrí rápidamente para socorrerla, no había rastro de sangre ni de golpes en su cuerpo. Cuando me abalancé sobre ella para darle la vuelta confirmando así su condición, esta con pereza me dijo:

- No me toques…

- Pero… ¿Qué?

- Creo que he muerto.

Comencé a desear que eso ya no fuese una actuación. Aunque, claro, no podía sucumbir a mis primitivos instintos naturales.

- Morí de una sobre dosis de aburrimiento hace una hora atrás. Por tu culpa morí.

- Por favor…, levántate del suelo.

Dándose la vuelta con agilidad, quedando ahora boca arriba, me quedó mirando con aquellos vacíos, pero preciosos ojos verdes.

- Enserio no tienes ni un solo libro bueno en esta casa. Todos ¡todos! ¡Absolutamente todos, son libros técnicos! No tienes ni una sola novela – dice al final como si estuviese a punto de llorar.

- No leo ese tipo de cosas. No me gustan. Además de que resultan inútiles para el aprendizaje.

- ¡No tienen nada de inútil! Lo único inútil es apilar conocimiento inservible que nunca usarás en tu vida.

- Dices eso, pero cuando fuimos esta mañana a la escena parecías conocer mucho de medicina, ¿acaso eso no debería considerarse conocimiento inútil considerando que no eres médica?

- Lo es. Claro que lo es, pero debo de aplicarlo en mi trabajo. Odio los libros técnicos porque solo tienen un único significado, ¡uno solo! Soy de las personas que pueden leer algo y luego no olvidarlo jamás. Pero cuando leo, digamos… poesía, la interpretación que saco de cada poema, muchas veces es distinta a la que alguna vez logré inferir con anterioridad, ¡por eso es más divertido! ¡Y también por eso los libros técnicos son inútiles y aburridos! Los leo una vez y luego son basura, ¡simple y aburrida basura! Simple basura, que siempre, ¡siempre dirán lo mismo!

Leona se veía mucho más enérgica que en la mañana, hecho por el cual me preocupé un poco y me di cuenta de que no estaba mintiendo cuando

dijo que necesitaba dormir. Aunque claro, no creía aún nada acerca de su… supuesta memoria prodigiosa. Nadie puede memorizar un libro con solo leerlo una vez.

- Si lo que dices es cierto, ¿por qué no lees algunos de los libros que supuestamente memorizaste? Quiero decir… leerlos desde tu cabeza.

- Puedo. Lo hago a veces. Pero odio el hecho de no poder tener un libro en mis manos. Jamás entenderás a lo que me refiero. Por cierto, hay algunos que creen que la biblioteca de uno representa en gran medida a la persona, o por lo menos su personalidad.

- Humm, bien, lo que tú digas. Ahora levántate para que comamos.

- Oh, ¿y ese repentino cambio de actitud? Bueno, si mal no recuerdo, te lo dije, ¿no? Todos me terminan amando al final – me dice ahora con una sonrisa en su rosto.

- No, simplemente estoy en una situación similar a la de Edipo. Además, si en verdad puedes ayudar con la investigación, no tendré inconvenientes. Por lo menos mientras te mantengas al margen de lo… normal, y no hagas ninguna estupidez.

- ¿Y si no? ¿si cometo algún error? ¿Qué hará el noble detective… para sosegar…?

- Dormirás en la calle – le digo sin dejarla terminar.

- ¡Que cruel! Acabas de herir mis sentimientos, Levi – me dice con sarcasmo mientras fingía un dolor en su corazón.

Con el paso de las horas – claro, luego de comer – finalmente acordamos que yo dormiría en el sofá de la sala de estar –, ya que ella había tenido mucha razón al haber dicho que las camas restantes eran un saco de polvo y arañas – mientras que Leona dormiría temporalmente en mi cama.

Creí que la noche sería tranquila, pero el problema vendría después. Mientras dormía tranquilamente en medio de la noche, mis oídos se vieron perturbados por avasalladores y brutales alaridos envueltos en una pesadez desgarradora. Eran gritos de dolor, de desesperación y frustración. Estos provenían de un único lugar de la casa: Mi dormitorio.

Capítulo 4

Visiones Sanguinarias

Día 2: 9.45 AM.

Sangre. La sangre recorre la superficie de mi cuerpo cual rosa bañada por el rocío matutino. Mis manos tiritaban en la infinita benignidad de este licor mundano. No tenía idea donde estaba ni que hacía. El negror grotesco de la oscuridad diurna avasallaba todo aquel grano de esperanza que mi nublada visión siquiera llegase a intentar contemplar. Mis labios parecían ser sellados por un invisible hilo de perversión y, de esta manera, las palabras, ávidas en su momento, como una mucosa quedaban atoradas en la laringe. Aquel velo infernal dejaba entrever horripilantes sonidos de llantos y angustias. Gritos de dolor, suplicas de agonía: "¡NO, POR FAVOR! ¡NO LO HAGAS!" "¡DETENTE! ¡PARA YA, POR FAVOR!". Sus desconcertantes suplicas desconocidas provenían de la lejanía, mientras yo solo me escondía.
Oh, aquellas voces, aquel tibio liquido rojizo que me bañaba de forma rutinaria. Cada vez que cerraba mis ojos cansados, aquel sueño… No. Aquella pesadilla, invadía las fauces indómitas de mi mente perdida en oscuros abismos infernales. Claro, aquello sucedía por lo general cuando me encontraba cansado. Aunque estaba seguro de que mi "pesadilla", no se podía comparar con la que había tenido Leona.
Era temprano aún en la mañana, mis manos alguna vez entumecidas se regocijaban gustosas por la calidez matutina de un tibio café rutinario. Leona seguía durmiendo, aunque después de lo de anoche no me atrevería a despertarla. Delgadas estelas doradas penetraban por entre los amplios ventanales de la sala de estar, dejando así entrever pequeñas motas de polvo que danzaban en la vacuidad. Ante mí, sosteniendo al igual que yo una taza con un rico café matutino, sentado en un viejo diván con su delgado rostro, serio y arrugado como de costumbre, se encontraba mi compañero de trabajo: Viktor Ferrec. Este había llegado hace poco por mera solicitud de Leona. Es casi irónico que quien te invite esté durmiendo a la hora en que habían acordado.

- Rompiendo el silencio en la sala, Ferrec me dice – ¿Cómo la ves? Me refiere a ella.

- ¿A… a que… te refieres? – le pregunto un tartamudo debido a la sorpresa que me había generado su pregunta.

- No me refiero como mujer. Aunque claro, espero que mantengas una

actitud profesional hacia ella.

- Eso debería decirle yo a ella.

- Me refiero en el sentido de sus planes. ¿Crees que resulte beneficioso involucrarla?

- Humm – pensé un momento la respuesta. En verdad era difícil –. No lo sé. En verdad… mientras más la conoces, sientes que menos las conoces. Es una caja de sorpresas. Siempre sale con algo nuevo. Lo peor de todo es que solo llevo un día de conocerla, ¡un único maldito día viviendo con ella! Su actitud a veces resulta ser infantil y caprichosa, pero otras veces es tan desconcertante lo… seria que se pone con algún tema en particular, que resulta bastante molesto.

- Parece que te agrada más de lo que crees.

- ¿Qué insinúas?

- Te pregunto por la investigación en general y terminas hablando únicamente de ella. Según lo que yo veo, pienso que su idea es ir resolviendo acertijo por acertijo, hasta llegar al último.

- ¿Para que querría llegar al último? Eso es estúpido, ¿no sería más prudente comenzar con el ultimo?

- Tú lo dijiste. Ella es una persona impredecible, solo le interesa… divertirse a su manera. No sé por qué tengo la sensación de que no le importan las víctimas en general, sino la diversión que le produce enfrentarse a alguien que ponga a prueba sus capacidades: un duelo intelectual.

- ¿Capacidades, dices? ¿Duele intelectual? Es solo una demente más del montón. No confío en ella.

- Vamos, chico, la has conocido por más tiempo que yo, ¿acaso no resulta obvio darse cuenta de que tiene algo que otros no?

- La he conocido por un único día, Viktor. Pero… – concluyo resignado – Si, sí. No me importa.

Preferí guardar silencio, no quería seguir hablando de Leona. Pero por alguna razón un ambiente incomodo, seguido del completo silencio del lugar, perforó en los interiores de aquella sala de estar. Sin embargo, aquel silencio pronto se rompería súbitamente.

Después de unos cuantos minutos de no saber que decir y comenzar a dudar si ir a despertarla o no, una idea me abrumó. Casi como si fuese

por reflejo, instinto o cualquier otro movimiento causado inconscientemente por el cerebro mismo. Cubrí mi rostro con una manta de frialdad y bañé a mi voz con el elixir de la seriedad. Entonces, ya cansado de mentiras, le pregunté a Viktor:

- ¿Qué tan involucrado estuviste en la investigación de 1908?

Mi voz hizo eco por cada una de las paredes de la sala. Maldición, aquello no podía ser más incómodo. Tampoco era como si me arrepintiese de haberle preguntado, pero sabía que había metido la pata. Sabía que a Viktor parecía no agradarle demasiado el tema. Era obvio suponer que de alguna u otra forma él estuvo muy involucrado en aquella investigación.

- Depende a que te refieras con eso – me responde sin mirarme.

- Quiero decir…, aquel fue tu último año de servicio, ¿no? Entonces…

- ¿Si mi retiro tuvo algo que ver el caso? – me pregunta sosteniendo una risa tan fingida al final, que hasta parece que a él mismo le incomodó.

- Si…

- Eran tiempos duros, chico – ¿chico? Odio cuando me llama chico –. Quizás no puedas entenderlo.

- Por favor, Viktor – le respondo con una sonrisa –, somos compañeros de trabajo. Claro que puedo entender.

- Tú lo dijiste,... Cristopher – me dice haciendo una especial y evidente pausa al pronunciar mi nombre –. Somos compañeros de trabajo, nada más.

En ese momento tragué saliva por la dureza de sus palabras frías y serias, ¿en verdad me odiaba? No. Solo, por alguna razón, pretendía esquivar todo lo relacionado con ese caso.

- No lo tomes a mal, es solo que…

- No te gusta hablar de ello, ¿cierto?

- Así es. Como te dije, fueron tiempos duros.

- Viktor, por favor, intenta confiar un poco más en mí. Solo quiero… ayudar, ¿qué tan duros fuero esos tiempos?

En ese momento, los azulados ojos de Ferrec se posaron en mí, dándome así la sensación de que con lentitud, estaba siendo absorbido por un intimidante y despiadado agujero. Y con los ojos fijos y fríos como un

iceberg, me responde:

- Lo suficiente como para matar a una persona.

No me atreví a pronunciar otra palabra después de aquella declaración. El sujeto – según su expediente – parece ser un padre de familia común y corriente. Me corrijo. Solo tiene una hija, por tanto, Ferrec debe de realizar la labor de madre y de padre a la vez. Además, leí que Ferrec era viudo, pero por alguna razón no aparecía el nombre de su difunta esposa en el archivo, pero tampoco era algo mucha relevancia. Lo que sí me causó gran sorpresa, fue el hecho de que el expediente registrara que Viktor Ferrec quedó viudo en 1908 a los 37 años. Por supuesto, en ninguna parte del archivo se explicaba que fue lo que sucedió con su esposa.

Me mantuve congelado en la silla, apenas bebí algunos sorbos de mi café que ya se estaba enfriando. De pronto, desde la entrada de la sala del estar una voz dijo:

- ¿Cuánto más piensan estar allí sentados?

Leona se veía mucho más seria que ayer, ¿acaso tiene repentinos cambios de personalidad? No lo sé. Pero, de todos modos, se veía un poco más enérgica.

Los tres, sin decir palabra alguna, nos dirigimos a la calle, donde nos esperaba un coche de la policía que Viktor había traído consigo para movilizarnos de una manera más rápida a la escena.

Al comienzo no me había dado cuenta, sin embargo, una vez salimos a la calle y se alejó unos cuantos metros de mí, la vi a cuerpo completo. Leona había cambiado nuevamente su atuendo. A diferencia de ayer, ahora llevaba consigo una especie de pantaloncillos ajustados de hombre de un color blanco, oscuras botas de montar hasta las rodillas y una chaqueta color azabache con un pañuelo blanquecino saliendo de su cuello. Ayer parecía, de forma ridícula, una mujer aristócrata de hace 30 años atrás. Pero ahora parecía, de forma ridícula, un joven aristócrata de hace… 40 años atrás. Claro, siempre cargando consigo un raro y suelto cabello blanco. En verdad esta mujer no tenía gusto para vestirse.

Mientras los caballos andaban yo miraba a Leona. Miraba como la enormidad de sus ojos verdosos se posaban en el vacío, regocijando así la plenitud absoluta de un mundo construido por sus pensamientos. Siéndome inevitable recordar lo de anoche.

Como me sucedía en algunas ocasiones, tuve aquella extraña pesadilla en la cual me encontraba escondido, cubierto de sangre, oyendo desesperados gritos de una mujer siendo asesinada. Pero desperté en el

sofá, estando completamente empapado por un horrible sudor frio. Sentía que los gritos aún resonaban en mi cabeza, sentía que el onirismo había trascendido y llegado a la realidad. En medio del velo nocturno que revestía a la casa, penetrantes alaridos de desesperación invadieron mis oídos: "mamá, ¿Qué… haces?, ¿Qué le están haciendo a papá? No. No ¡No, deténganse! ¿¡Que creen que hacen!? ¡NO! ¡Mamá, papá! ¡HUYAN! ¡SALGAN DE AQUÍ! ¡CORRAN! ¡CORRAN! No…, no. No por favor. Detente, no lo hagas ¡¡NO LO HAGAS!! ¡¡NO!!" Mi mente se había vuelto confusa por algunos instantes, pero sabía bien que aquellos gritos ya no venían de mi cabeza. Aquellos gritos provenían de mi dormitorio. Dudé entre ir y no ir. Sabía que Leona estaba soñando, perol ¿debía despertarla? Al final opté por la decisión más difícil.

Subí las escaleras en medio de la oscuridad, siendo guiado solo por el resplandor de plateado de la luna, sin dejar nunca de oír aquellos trastornados alaridos. Cuando llegué al que era mi dormitorio, me encontré con la imagen de Leona retorciéndose en la cama, como si un dolor inmenso la afligiese. Rápidamente me acerqué a ella con la intención de despertarla, pero cuando extendí mi mano para tocar su pálido, sudado y frio cuerpo, esta rápidamente fue detenida y sujetada con fuerza por la misma Leona. Fue como un reflejo o instinto natural; sus gritos se detuvieron de un instante a otro y, ahora con ojos muy abiertos y respiración agitada, ella me contemplaba con temor, sin parecer darse cuenta de la situación en la que se encontraba, ¿acaso creyó que la iba a atacar o algo así? Lentamente esta fue despegando sus dedos de mi muñeca, pero mientras lo hacía, siendo iluminado solo por el claro de luna que invadía los interiores del dormitorio desde la ventana, pude contemplar una serie de cicatrices ubicadas en su muñeca. Dichas cicatrices eran en su mayoría cortes y en menor medida… quemaduras. Pero los cortes me habían dejado sin palabras, ¿acaso se había intentado suicidar? Al final esta me dijo:

- ¿Qué… qué… haces… tú… tú aquí?

- Perdón… es solo qué… estabas gritando y… me despertaste. Quería comprobar si te encontrabas bien.

- ¿Sí? – me responde casi susurrándome, como si le fuese difícil el hablar –. Ya comprobaste que estoy bien, ¿no?

- Si, así es… Pero… ¿qué… le sucedió a tu muñeca? Son cortes… ¿cierto?

- ¿Mi…?

Se detuvo en el instante en que se percató que la manga de su camisa había subido de manera accidental por su brazo, dejando al descubierto su

muñeca

- Nada, solamente… cosas del oficio. Ya sabes… una detective… no siempre gana.

- ¿Múltiples cortes horizontales por donde pasan venas y arterias son cosas del oficio?

- Si, eso y mucho más. No es fácil ser detective. Buenas noches.

Al final no le hice caso a sus mentiras. No tenía idea, no sabía por lo que ha debido de pasar Leona. No la conozco todavía. ¿Pero aquello no se llama "estrés postraumático"? No importaba… demasiado, creí que lo mejor era dejarlo pasar. Aquello no era de mi incumbencia.

Ahora devuelta en el interior del coche de la policía, para intentar romper el silencio entre ella y yo durante el viaje – y también para que mis miradas no pareciesen demasiado… sospechosas y, sobre todo, malinterpretadas –, decidí preguntarle lo primero que se me vino a la cabeza.

- Leona. ¿Quién demonios eres?

- Esta rio y me dijo – Que gracioso. Soy una poderosa multimillonaria que en sus ratos libres mata personas para luego divertiste resolviendo sus propios casos.

Me le quedé mirando sin saber cómo responder a eso. Leona lo dijo con una seriedad tal, que se compararía a una frase dicha por Ferrec. ¿En verdad hablaba enserio? Ni siquiera podía mirarla a los ojos para analizar si me mentía o no.

- Es broma.

Definitivamente no está bien de la cabeza. Esos cambios de humor de un día para otro, en definitiva, no son normales. Ayer sostenía una actitud infantil y alegre, hoy día tenía una actitud fría y seria. ¡Así parecía más la hija del sujeto que estaba sentado junto a mí!

Después de la pequeña "broma" de Leona, todos guardamos silencio hasta llegar a la catedral de Listuria, la iglesia más grande la ciudad. Allí fuimos recibidos por un cura que en varias ocasiones nos miró con cierto… desagrado, en especial a Leona. Este nos condujo por oscuros pasillos polvorientos de aquella lúgubre y gótica catedral. Al final nos detuvimos delante de una puerta de madera que era custodiada, al igual que antes, por dos oficiales de policía y, sin la necesidad de que mostrásemos nuestras placas, estos se apartaron, permitiendo así que el cura sacase desde su bolsillo un viejo manojo de llave que introduciría en la cerradura

de la puerta. Luego el eclesiástico nos dejaría a solas, diciendo, de forma indirecta, "váyanse cuanto antes".

De cierta manera, tuvimos algo de suerte, debido a que la escena se mantuvo intacta durante algunas semanas. Incluso puede que sea debido a eso por lo que el cura estaba molesto. Ya no quedaban muchos días antes de que volvieran a abrir esta zona de la iglesia. Dicha zona, era una especie de pequeña capilla dentro de la misma catedral, quizás usada para realizar funerales en privado y menos vistosos. El lugar contaba con una muy pequeña cantidad de banquillos de madera y una sola estatua de Cristo, como siempre, ubicada justo delante de todos. El lugar conservaba una atmosfera increíblemente solitaria, hasta diría que fantasmal. La luz del sol se inmiscuía penetrando por entre amplios y alargados ventanales con imágenes de santos, los cuales eran gobernado por una infinita cantidad de polvo sobre ellos. El fétido olor a descomposición de la sangre coagulada se inmiscuyó en lo hondo de nuestras narices. A la única persona que pareció no afectarle… fue a Leona. Esta comenzó a caminar por los alrededores del lugar, como si buscase algo en particular.

El cura, Henry Thompson, – mismo que nos recibió de manera no grata – como hacia todas las mañanas se encontraba camino hacia el lugar más alto de la catedral, para hacer sonar la campanada rutinaria de la ciudad. Uno de los caminos que llevaba hacia el campanario, obligaba a pasar justamente por el lugar en el que nos encontrábamos. Fue de este modo en que el cura encontró el cuerpo sin vida de Rosemary Nichols, de 17 años de edad, la mañana del 29 de septiembre. La autopsia posterior reveló que Nichols había sido asesinada el día anterior, entre las 10 u 11 de la noche y que, además, la causa de muerte final fue desangramiento debido a un profundo corte en el cuello que desgarró yugular y carótida. Por supuesto, esto coincidía con los 11 días que pasaban luego de cada asesinato. Sin embargo, el estado en el que se encontró el cuerpo fue uno… bastante peculiar. La víctima estaba arrodilla en el suelo, justo delante de los pies de Cristo, puesta de tal manera, como si hubiese una audiencia invisible contemplándola. Se le amarraron los brazos con sogas para que le sea imposible dejar aquella posición. Su cuello se encontraba inclinado hacia atrás, haciendo que sus ojos quedasen fijos en el techo. Además, al igual que la víctima anterior, un pequeño trozo de tela negra le cubría el rostro. Su cuerpo, que había sido encontrado desnudo en su totalidad, era cubierto casi en su mayoría por el rojo. Esto era debido a que, además del profundo corte en su cuello, el asesino, de forma post mortem, había realizado una serie de cortes e incisiones, extirpando los senos, el útero y los ovarios de la víctima. Luego, el asesino procedería a colocar metódicamente toda aquella visceral bola de órganos que habían sido extirpados, sobre una pequeña balanza dorada que colocó justo delante de la destripada víctima; logrando así, además, un equilibrio perfecto en los dos lados de la balanza. En la escena también se encontró un sobre rojo con una nota dentro. Dicha nota había sido escrita a máquina y decía: "El resonante aullido que polariza a la ciudad marcará el

trompeteo final de LIVI – 12”.

Leona continuaba revisando con una singular minuciosidad todos los alrededores de la habitación, pareciendo ignorar la enorme mancha de sangre seca posada ante los pies de Cristo; sumado, además, a la grotesca balanza manchada por el rojo. La detective de pálidos cabellos y pequeña complexión, buscaba algo más, algo que la UIP no pudo encontrar y, de eso mismo se percató Ferrec.

- Señorita Leona, ¿qué es lo que está buscando? – me sorprendió un poco su tono amable y simpático. Hasta casi parecía fingido.

- Hay algo que me molesta – responde sin dejar de buscar –. Desde que leí sobre este caso y revisé las fotografías, hay algo que no ha dejado de molestarme. Díganme algo, ustedes vieron que el sujeto que nos trajo hasta aquí ¿cierto…?

- El padre Thompson.

- Da lo mismo su nombre, Levi. Continuando: él debió de sacar un enorme manojo de llaves para permitirnos entrar. Por tanto, no creo que eso haya sido por mera solicitud de la policía. Creo que esta sala siempre… estuvo y ha estado bien resguardada. Si se preguntan el por qué, eso está más que claro. Arriba hay una valiosa campana, un monumento histórico. Entonces, ¿cómo diablos… llegó el asesino hasta aquí? Y no solo eso. No veo manchas de sangre por ningún otro lugar aparte de allí, adelante. ¿Creen que el asesino la mató aquí, en esta misma sala o, quizás ya la traía muerta de antes? Si fuese el primer caso, entonces, díganme. ¿cómo el asesino convenció a alguien para que lo trajeran hasta aquí? ¿Cómo? Es lógico de suponer que no pudo haber convencido a nadie, a excepción de la víctima misma, claro está. Puede que haya sido con un arma, pero entonces, ¿no corría el riesgo de que alguien lo viese? ¿No corría el riesgo de que la víctima gritase y él se viera obligado a disparar creando así un completo caos innecesario? Claro, suponiendo que llevaba un arma consigo. Pero la gran pregunta es: ¿quién diablos es el asesino y como pudo traer a la victima hasta aquí?

Ciertamente Leona tenía mucha razón para sospechar de esa manera y preguntarse todas esas cosas que aún no tenían respuesta.

- Como sea. Aunque me gustaría interrogar testigos para ver sus coartadas, no puedo. No tenemos mucho tiempo antes de que ocurra el próximo asesinato. En todo caso… dudo mucho que algún conocido de la víctima… sea el culpable. Es más que evidente que no las escogía al azar, las seleccionaba de una manera bastante… minuciosa y metódica. Sin mencionar que estas no conservaban relacionan alguna. Además, estoy segura de que ese trapo negro en sus rostros quiere decir que no es nada

personal.

- Entonces… ¿qué propones?

- Me quedan 9 días. Debo intentar resolver todos los acertijos en este corto periodo de tiempo para evitar que muera alguien más, además de idear una trampa para capturar a nuestro asesino. Jaja, la tengo difícil, ¿no?

Leona, con el semblante ahora muy serio, se movió a través de la habitación por entre los banquillos de madera. Ya parecía decidida, o más bien resignada, quizás ante el hecho no haber podido encontrar alguna pista que le fuese de utilidad, o quizás por la carencia de tiempo que jugaba en su contra.

Sus oscuras y bien lustradas botas de montar se detuvieron justo encima de lo que alguna vez fue un enorme charco de sangre.

- Ya veo, con que fue aquí donde todo ocurrió...

Se quedó mirando el suelo, la mancha bajo sus pies, por algunos segundos en completo silencio y, luego, en voz alta, casi como si estuviese hablando sola, dijo:

- ¡Aaah, maldita sea! ¡Me molesta esta mancha! Está muy bien delineada y es demasiado uniforme, ¿saben lo que significa eso?

No le respondimos porque parecía que esperase a que no lo hiciéramos.

- Cuando matas a un cerdo y luego lo abres, ¿qué pasa? ¡La sangre dentro de él no sale a chorros, ¿cierto?! sino que sale pulcramente deslizándose por el cuerpo abierto de este, ¡aquí ocurrió lo mismo! No estoy segura si el asesino… fue tan inteligente como para hacer eso intencionalmente, pero… quizás… si lo fue.

- ¿A qué se refiere, señorita Leona?

- Cuando le cortas el cuello a alguien, por lo general, la sangre que sale de este no es uniforme, muchas veces depende de la sutileza y habilidad del sujeto que haga el corte. Pero en la gran mayoría de los casos, las manchas que dejan son más parecidas a las que deja la pasta de dientes en el espejo cuando sale disparada del cepillo. En otras palabras, pequeñas salpicaduras dispares distribuidas por todas partes. Ahora bien, como dije antes, eso dependerá del corte. Pero si al asesino se le ocurrió eso, entonces, es probable que nos haya intentado confundir con la sangre del cuerpo ya muerto. Lo único que debía de hacer era derramar sangre de manera uniforme por sobre las pequeñas manchas desordenadas que quedaron a la hora de cortarle el cuello, para ocultar

así que el asesinato haya ocurrido en esta misma habitación. Es un juego con la sangre, ¿será tan inteligente para ello? No lo sé, pero lo único que podemos hacer ahora es resolver el acertijo.

Lo que Leona proponia, era que el asesino haya creado una ilusión con la sangre, para hacernos creer así que la víctima no murió donde estábamos, sino que venía muerta y luego simplemente la destripó allí.

Leona se puso de cuclillas en el suelo sobre la mancha de sangre seca, contemplando de cierta manera la pequeña balanza ensangrentada ante ella. Como siempre su mirada se encontraba perdida en el vacío, pero de igual modo nos preguntó:

- Exactamente, ¿a qué hora suenan las campanadas de la iglesia?

- A las 9 de la mañana y a las 9 de la noche – le respondí.

- Oh… interresante. Si lo piensan con detenimiento, tiene sentido suponer que "el resonante aullido que polariza a la ciudad", se refiere a cada una de las campanadas. Por tanto, se referiría a las 9 de la noche o 9 de la mañana. Por lo menos nos dio la hora… como en el crimen anterior.

- En verdad tiene mucho sentido si lo propone usted de esa forma.

- Si…, tanto que resulta ser un poco aburrido. Digo… es bastante obvio, ¿verdad? Solo basta con mirar los ojos de la víctima para saber a lo que se refiere. Quizás lo más complicado sea referirse a "LIVI – 12".

- Cierto, eso es lo que resulta ser más complicado. ¿Qué crees que significa?

Sin levantarse del suelo, estando aún sobre el carcho de sangre seca, me responde ella con un seco "no lo sé".

- Si lo supiera no estaría aquí pensando, ¿no crees?

- Hey, chico, ¿no piensas que quizás podría referirse a un nombre?

- No, no, no – respondió ella por mí –. Nada de eso. No es un nombre, no tendría sentido. Usar letras, después números… no tiene mucha lógica si se refiere a un nombre en concreto.
Leona se mantuvo en silencio y luego, como si le incomodara la posición en la que se encontraba, se puso de pie. Comenzó a caminar de un lado hacia otro con la mano en su barbilla y, como siempre, absorta en sus pensamientos.

Ferrec, intentando disimular la barrera que se había creado entre nosotros

por la mañana, me dice:

- A veces odio estas cosas

- Si, verdaderamente es horrible para cualquiera ver esto.

- No solo eso, sino que tener que ver como una vida tan joven es cortada de la nada. ¿te imaginas cuanto podría haber vivido? Cuarenta o cincuenta años más por lo menos.

- Muy cierto. En comparación a la víctima anterior esta era mucho más joven.

De pronto Leona se voltea hacia nosotros sosteniendo una ávida mirada de esperanza. Parece que algo de nuestra frívola conversación captó su atención.

- Maldición, soy una tonta por no darme cuenta antes. ¡Una tonta! La victima anterior tenía 45 años, ¿cierto?

- Si, así es. ¿Por qué lo dices?

- Y esta tenía 17. No es casualidad. Nos está avisando. Nos está diciendo que continuará con el mismo patrón. Va a seguir matando de esta misma forma.

- ¿Un patrón, dices?

- 45, 17, 45, 17, 45, 17.

- Siento desanimarte, pero eso era algo… bastante obvio y que ya sabíamos.

- LIVI -12 es más simple de lo que parece. Se me hacía extraño el hecho de que las últimas palabras del mensaje hayan estado escritas con mayúsculas. ¿Acaso lo encuentran raro?

- Ciertamente lo es, señorita Leona.

- Está más que claro… que fue intencional. ¿Por qué? Simple…

Las paredes de aquella habitación estaban llenas de polvo, por tanto, no era difícil realizar algún garabato en donde sea que se pusiese el dedo y, fue esto justamente lo que hizo Leona. La detective de cabellera blanca corrió hacia una de las paredes y nos ordenó mirar lo que iba hacer. Entonces, usando su dedo índice, dibujó sobre la polvorienta pared lo

siguiente: “I”

- ¿Qué número es este?

- Uno.

Continuó dibujando, pero ahora debajo de lo anterior. Realizó la figura de una “V” y dijo:

- ¿Y este?

- Está más que claro que es un cinco.

Al final, dibujó bajo los demás números una “L” y continuó diciendo:

- Y este… es el 50. Si tomamos la L como un 50, el I como un 1, el V como un 5, y nuevamente el I como un 1, ¿cuánto tendríamos si los sumásemos?

- Cincuentaisiete – le respondo.

- Ahora si al 57 le restamos 12, ¿cuánto daría, mis queridos observadores?

- Cuarentaicinco – le dice Ferrec.

- Correcto. ¡Y así el acertijo ha sido resuelto! Con esto habrían tenido la hora, el día y la edad de la persona que iba a ser asesinada. Siento que cada vez es más generoso con la información.

- Leona… ¿no te dije que ya que conocíamos ese patrón?

- No, no, no. Recuerda cuando murió esta persona. Ahora dime, ¿en ese entonces conocían el patrón? ¡No, ¿cierto?! Debido a que solamente habían muerto dos personas: una de 45 años y la otra de 17 años, parecían no conservar relación o similitud alguna. Pero ya para cuando murió la tercera víctima comenzaron a sospechar de dicho patrón. En otras palabras: el asesino se los había adelantado antes de que ustedes mismos se diesen cuenta. ¿Estoy en lo correcto?

- Bueno…, señorita Leona, es verdad que nos dimos cuenta del patrón mucho después de la segunda muerte. Quiero decir, no había forma de que lo hallásemos notado antes. Aunque… tal parecía ser el caso, que si la había.

- Aunque quizás… aún haya algo más, ¿no crees, Levi?

- ¿Por qué me miras a mí?

- Ayer te dije que el reloj podía estar relacionado con la ubicación de la próxima víctima y así fue, ¿recuerdas? Dime entonces, Levi, hoy no tenemos un reloj como ayer que nos diga con imprecisión donde va a morir alguien. Pero aun así tenemos algo, ¿qué tenemos, Levi?

- No lo sé…

Dudé por algunos instantes en responder, pero luego la epifanía apareció.

- ¡Espera! ¿No querrás decir qué…?

Comencé a buscar en mi memoria y entonces encontré lo que buscaba: la siguiente víctima. Su nombre era Elizabeth Bennet, de 45 años, considerada una de las mejores juezas de la ciudad. Su cuerpo fue hallado sin vida en medio de una sala de tribunales.

Como rara vez sucedía, con sus profundos y chillones ojos verdes fijos en mí, esta, con un tono de voz triunfal y un tanto altanero, me dijo:

- Por lo visto recordaste bien. La balanza no está puesta allí por casualidad, ni mucho menos el mensaje que se refería al "trompeteo final". Creo que no hace falta explicar la analogía detrás de mis palabras. ¡Nos vamos, mis queridos observadores, a la siguiente escena: los tribunales!

Fin de la primera parte.

Capítulo 5

Parte 2:

La Patética Derrota de la Justicia y la Inevitable Arremetida del Mal.

Capítulo V:
Sospechas, Razonamientos y el inicio del Fin.

Día 3: 2:25 AM.

- Amber Ferrec. Ese es su nombre.

- Entiendo, así que ese es nuestro objetivo.

- Así es. Pero del mismo modo, necesitamos a Cristopher Levi. No nos ayudará, eso está más que claro, por eso necesitamos de Amber.

- ¿Qué propones?

Dándome la espalda, sentada detrás de un escritorio, con su mirada fija en la luna resplandeciente que yacía inerte en el oscuro manto infinito; se encontraba ella. Su rostro era tan pálido como de costumbre, su barbilla reposaba en el calor de la palma de su mano, dándole así aires de profundidad. Sus brillantes cabellos azabaches caían de forma ordenada y pulcra sobre sus hombros revestidos, al igual que el resto de su cuerpo, en oscuros ropajes

- Aún no podemos hacer nada, así que solo podemos planear. Pero, respondiendo a tu pregunta, Vladimir, necesitamos que su estómago soporte el paquete,

- Eso está más que claro. Lo complicado del asunto son las medidas del paquete.

- ¡Ah, no te preocupes por eso! Este será una versión más pequeña pero funcional, de los que suelo usar. Aproximadamente unos… cuatro

centímetros de alto y dos de ancho.

- Entonces no debería haber problemas con la cirugía, en menos de una hora estaría lista. El problema es que dudo mucho que su organismo pueda tolerar semejante objeto, y menos por tanto tiempo. Terminará asimilándolo como un objeto desconocido.

- Sí, eso lo sé. Por eso necesitamos de ti, Vladimir. Deberás de estarla monitoreando para que no fallezca a causa de alguna infección. Por supuesto, el paquete en sí, será envuelto de tal forma que prevendrá lo más posible todo riesgo innecesario, para no complicar su vida antes de lo previsto.

- Si, entiendo. Como doctor, jamás aconsejaría hacer esto, pero dadas nuestras… especiales circunstancias y objetivos en común, lo haré con gusto. Déjame la operación a mí, confía en mis habilidades como cirujano.

- Lo hago. Claro que lo hago. Pero de todas formas te ayudaré.

- No entiendo, ¿por qué tienes que ayudarme? Podría hacerlo yo solo y sin problemas.

- Lo sé, lo sé. No dudo de ello. Pero aún nos sigue quedando Levi. Una vez el señuelo esté listo y haya caído en la trampa, procederemos con la operación. Y, claro está, que prefiero que los artefactos construidos por mi hermano sean manipulados por mí. Al fin y al cabo, si no llegasen a funcionar como es debido, sería una terrible derrota, ¿no crees?

- Viéndolo de esa forma, es verdad. No estoy acostumbrado a tratar con esas cosas.

- Ahora bien. Una vez la operación esté lista, sabes que hacer, ¿cierto?

- Claro, ya lo mencionaste. De todas formas, nos beneficia que la muchacha se encuentre sola en casa.

- Exacto. Por eso cuando su padre llegue, te encontrará a ti, un brillante médico que, solo por estar en el momento adecuado y lugar adecuado, evitó el desmayo de su hija justo cuando esta estaba por salir, ubicada ya bajo el umbral de la puerta principal. El hombre se verá tan agradecido que… Bueno, el resultado está más que claro: oirá cada patraña que le digas. Jajaja.

Estaba yo de pie, en medio del dormitorio de esta posada que habíamos alquilado de manera temporal, sonriendo a cada una de las palabras entonadas por “ella”: mi salvadora, mi aliada en esta dura contienda llena de venganza y dolor. No dudaría en nada si se trata de acabar con… esa

mujer.

Habíamos llegado hace algunas horas atrás a Listuria, justo cuando el crepúsculo se había ocultado tras el manto nocturno, siempre siguiéndole el rastro a la "asesina". No podíamos darnos el lujo de ser bienvenidos por los rayos del sol, puesto que sería peligroso llamar la atención. Esto a causa de los ojos de mi compañera, digamos que el purpura no es un color muy… usual. Además, la "asesina" ni siquiera sabe que estamos aquí y no debe hacerlo. Fue así como arrendamos unas habitaciones en una posada para pasar la noche durante los siguientes días. Por supuesto, esto no me gustaba. Odio, con todo mi ser, aquello que es propio de la plebe. ¿Cómo podría yo, Vladimir Nikita Lubchenko, un anterior Boyardo de la Teocracia Ortodoxa, dormir en una posada tan miserable que llega a admitir a cualquier tipo de persona? ¡Qué lamentable…! Pero todo sea por pasar desapercibidos.

Por el momento solo somos ella y yo. Su hermano llegaría en un par de días más acompañado de sus… "artefactos" y… los demás. Ahora solo debíamos de preparar una estrategia contra Amber Ferrec y Cristopher Levi.

- En 5 días más procederemos a actuar, debes estar preparado para entonces.

- Constantina, dime, ¿la mataremos?

- Jaja. Amber no puede morir, menos Levi, por lo menos no hasta que todo culmine. Mis planes serían inútiles si no fuese así.

- No lo entiendo, en verdad no lo entiendo. ¿Por qué no matarlos enseguida? No… ¿Por qué atentar contra ellos de esta forma? ¿Por qué tomarnos las molestias de hacer "eso" con esa chiquilla?

- Necesitamos de ellos. Necesitamos de este escenario si queremos vencer a Leona. No diré más. No me enfrentaré a mi hermanita sin tener las cartas de mi lado. Sabes lo peligrosa que es, ¿cierto?

- Ni me lo recuerdes. Fue por eso que perdí a Emma.

- Ah, Emma. Cierto. Bueno, mi querido Vladimir, si vas a enfrentar al diablo en persona, por lo menos debes asegurarte de tener una garantía como mínimo. Y esa es Amber Ferrec.

- No lo entiendo…
Constantina se puso de pie, se dio la vuelta para ahora envolverme con esa preciosa mirada color amatista y decirme:

- Y no necesitas hacerlo. Solo sigue mis órdenes y ya verás el resultado. Buenas noches.

Día 3: 19:45 PM.

Sus delgados dedos se movían de manera rítmica, con agilidad y finura por entremedio de las teclas bicolores. Su cuerpo parecía contorsionarse de manera bella y agradable, similar a un cisne en un lago. La música la dominaba y ella dominaba la música. Era una preciosa pieza musical de Frederick Chopin lo que sus dedos construían de manera pulcra y preciosa. Ni siquiera usaba una partitura para guiarse. Leona conocía aquella melodía de memoria y, probablemente, muchas más.
Por mi parte, me encontraba de brazos cruzados, apoyado en el borde la puerta de aquella sala. Mis ojos solo se limitaban a contemplar como ella parecía verse más hermosa que nunca.
Aquel piano que jamás usé, lo conseguí al comprar la casa, pues este venía con ella. Pero dado que nunca me pareció interesante el hecho de dedicarme a la música, lo dejé abandonado en una oscura y polvorienta habitación. Ahora Leona le dio, por primera vez en años, vida a aquel majestuoso instrumento.
Sus blancos cabellos bailaban y se sacudían al compás de la música. Sin embargo, semejante escena – quizás de manera rara – no vino por un mero capricho suyo… No. Hace ya varias horas atrás que habíamos dejado la tercera escena del crimen. Dicha escena, al igual que las anteriores, conservaba una dificultad inmensa en sus acertijos y, por primera vez, aquel intrincado acertijo había sobrepasado el ingenio e intelecto de la detective. No es algo por lo que quizás se deba de estar feliz, pero admito que cuando me dijo que no era capaz de resolverlo y volviéramos a casa, casi caigo en una inmensa carcajada delante de ella: *"¿Qué pasó con la mejor detective del mundo?"*, pensé en decirle. Claro, no lo iba a hacer y tampoco lo hice, sería demasiado obvio y cruel de mi parte; además de que… daba un poco de lastima hacerlo, así que no sería divertido. Y viniendo de ella, tampoco me sorprendería que me diese un tiro con mi propia arma si me reía de esa manera. De este modo, ahora ella se encontraba pensando, meditando, analizando todo aquello de lo que fuimos testigos el día de hoy. Según ella, el piano le servía como forma de concentración. Aunque la verdad es que lleva allí tocando sin decir palabra alguna, desde hace más de 50 minutos.

Esta mañana, al igual que ayer, envié un telegrama dando la hora en que nos reuniríamos en la próxima escena, pero esta vez no fue a Viktor

Ferrec a quien se lo envíe. El telegrama iba dirigido para el inspector Thomas Bozko.

Al salir con Leona, la mañana caía tierna y ligera, las nubes gobernaban el cielo infinito y una diáfana brisa conquistaba el olvido. Al llegar a las afueras de lo que alguna vez fue un tribunal de justicia y, ahora no era más que un recinto semi – abandonado, nos encontramos con el inspector Bozko quien, a su vez, se encontraba charlando de manera placentera con un par de oficiales que estaban a cargo de custodiar el lugar.

- Buenos días, inspector.

- ¡Ah, Levi, eres tú! Señorita Leona – dice mirando a la criatura junto a mí –, muy buenos días.

- Buenas, Thomas.

- Por favor, caballeros, discúlpenme – les dice a los oficiales –. Tengo trabajo que hacer.

Los oficiales, con rostros desconcertado, se quedaron viendo a la detective por algunos instantes. No entendieron cómo un… "ser" como ella, de apariencia tan excéntrica, se refería al inspector Thomas Bozko con semejante confianza y que, además, posea una mayor implicación en el caso que ellos mismos. Debido a esto, sostuve rápidamente su brazo y la metí de inmediato al lugar, no podía correr el riesgo de que llamase la atención de manera innecesaria, como ya lo ha hecho tantas veces; sin mencionar, claro, que el nombre "Leona" no era algo de… dominio público. Era demasiado peligroso que la prensa se enterase de su participación. Hasta se podría decir que actuábamos a escondidas.

Cuando entramos, ella con total agilidad se zafó de mi agarre y corrió por entre los pasillos de forma sutil y escurridiza, dejándome completamente solo mientras, corría, de forma más que probable, a la escena del crimen.

Una voz había hacía eco detrás de mí diciendo:

- Es muy grande este lugar, ¿no crees?

- Oh, inspector. La verdad es que si, no recordaba bien su interior.

Nos encontrábamos en lo que antes había sido una amplia sala de tribunales, con muchas salas y demás. Pero ahora todo se encontraba vacío y solitario. El eco de nuestras voces y el sonido de Leona a lo lejos abriendo la puerta de la sala respectiva a la escena, eran los únicos ruidos que, rápidamente, parecían ser tragados por las blancuzcas y depresivas

paredes vacías del lugar.

Caminaba con calma sobre el sucio suelo de cerámica, antes blanca y ahora amarillenta, junto a Bozko, mientras nos dirigíamos a la escena.

- La he conocido por poco tiempo, pero creo que ahora te entiendo un poco mejor.

- Es un poco tarde para eso, señor, ¿no cree usted?

- Lo sé, pero no me arrepiento de mi decisión. Siento que se lleva bien contigo, mejor de lo que lo haría con cualquiera de nosotros.

- ¿Eso parece?

- Por supuesto – me responde con una sonrisa.

- Ferrec me dijo algo similar ayer. Por cierto, inspector, ¿ha averiguado algo nuevo relacionado con ella?

- Solo lo que te dije, Levi. Nada más. No es bueno que desvíes tu atención del caso, ¿no crees?

- Si, eso lo sé bien, inspector. Es solo qué…

- ¿Qué sucede?

- Hay… algo… que me molesta en la actitud de Leona. Y no me refiero a sus berrinches infantiles, sus caprichos o su irritante actitud. No, no, nada de eso. Hay algo… más. Algo que… en verdad me inquieta de ella.

- ¿Podrías ser más específico, por favor?

- Sin variar expresiones en mi semblante, me mantuve firme y le dije – Sea honesto, inspector, ¿cómo cree usted que el senador Marissí contactó a Leona si ni siquiera nosotros, la UIP, pudimos averiguar algo sobre de ella?

- Conservó sus palabras en su boca por algunos instantes y, luego, casi con un toque de irritación me dijo – No lo sé, Levi. En verdad es raro. Pero un senador debe de tener muchos contactos e influencia, es alguien importante, ¿no?

- Si…, puede ser. Pero aun así… nunca he visto a Leona hablar con él o por lo menos llamarle. En todo el tiempo que ha pasado en mi casa, apenas una sola vez mencionó su nombre y fue solamente porque yo le

pregunté.

- Sospechas algo, ¿cierto?

- Me conoce bien usted, inspector – le agradecí –. Seré directo: creo que el senador es solo la excusa de Leona.

- ¿A qué… te refieres?

- Usted mismo lo ha visto. Leona cambia de personalidad muchas veces. De pronto, cuando hablamos de un tema determinado o en alguna escena, es abrumada por una seriedad impresionante, casi a la par con la de Ferrec. Por eso mismo, inspector, creo que Leona es mucho más inteligente de lo que creemos… y de lo que aparenta.

- Sabemos que es alguien brillante, por eso la tenemos resolviendo estos malditos acertijos que nos superaron.

- No me refiero solo a eso, inspector.

- Explícate, por favor.

- Leona sabe muy bien que donde sea que vaya la gente la mirará con extrañeza. Sabe muy bien que nunca la tomarán enserio en una investigación. Y sabe muy bien que se ve frágil, infantil y, muchas veces, tonta. Entonces, dígame, inspector, si ella sabe esto, ¿por qué lo hace? ¿Por qué no es seria de inmediato como lo hace a veces? ¿Por qué tiene que conservar esa estúpida actitud infantil suya? No, me corrijo. Ese disfraz suyo…

- ¿Crees que Leona… hace eso con un motivo en especial?

- Puede ser, es una posibilidad. Por desgracia no la conocemos lo suficiente como para saber si hace esto ante todas las personas con las cuales investiga un caso o…

- Simplemente lo hace con nosotros.

- Entendió muy bien mi explicación, inspector.

- Si ese fuese el caso, ¿por qué nosotros?

- He ahí la pregunta. Pero… no lo sé y tampoco creo que nos lo vaya a decir.

- ¿Qué hay de Marissí?

- Como le dije, dudo que él en verdad esté implicado de alguna u otra manera con Leona. Hasta ahora ella parece tan solo una idiota obsesionada con los crímenes, pero… ¿Si es justamente eso lo que quiere que creamos? ¿Y si Leona nos está manipulando a todos como unas simples piezas de un tablero que ella misma creó?

- ¿No crees que exageras un poco?

- No lo creo, inspector. Hasta diría que estoy seguro de que Marissí no contactó a Leona…

- Sino que Leona lo contactó a él, ¿cierto? Eso propones, ¿no?

- Así es. Al aprovecharse de los sentimientos de un hombre desesperado, vio la oportunidad perfecta para introducirse en la investigación.

- Pero… pero… ¿¡Si ese fuese el caso…¡?

- Correcto, inspector. Toda nuestra vaga información que creemos sostener de Leona, supuestamente proporcionada por el mismo senador Marissí, no sería más que una mera farsa suministrada por la mismísima Leona, solo para desviarnos de su verdadera identidad, la cual… no quiere que sepamos. Ahora, la pregunta pertinente, inspector, claramente sería: ¿por qué ella haría eso? ¿No cree, usted?

Bozko meditó durante un momento acerca de lo que le dije.

- ¿No cree usted, que es raro que justo ayer haya interrogado en privado a Ferrec después de haber terminado con la escena? Yo no estuve presente, por tanto, no tengo idea de qué diablos hablaron. Como le dije, esto sucedió justo después de revisar la escena anterior. No me sorprendería…No. De hecho, estoy más que seguro que lo va a hacer…

- ¿Hacer qué exactamente?

- Es probable que Leona lo interrogue a usted en solitario una vez que salgamos de esta escena. Ella fue quien solicitó su participación el día de hoy y también la de Ferrec el día de ayer, ¿por qué? ¿Por qué no hacerlo solo conmigo? ¿Por qué solicitar la participación de ustedes por separado? La respuesta, inspector, no es más que la conclusión de nuestras sospechas. Leona nos está estudiando uno por uno, como si fuésemos sus ratas de laboratorio. ¿Por qué? He ahí la cuestión, pues no hay explicación.

- Levi… ¿no creerás qué…?

- No lo sé, inspector. Pero dígame, ¿no le parece raro o extraño… que un completo desconocido venga a analizar las escenas que un sinnúmero de

expertos y profesionales de las más distintas ramas estudiaron arduamente sin conseguir nada? ¿No le parece raro, inspector, que Leona resuelva estos acertijos de una manera tan rápida, con tanta… facilidad y simpleza, que los hace parecer unos nimios juegos infantiles? Por desgracia, solo se me ocurren dos posibles respuestas. Uno: Leona es una persona extremadamente peligrosa. Dos: Leona es una persona extremadamente inteligente. Y si gusta usted, propongamos pues una tercera: una combinación de las dos anteriores.

- Te conozco, Levi. Sé que eres inteligente, por eso dudo que me hayas dado este discurso solo para dejarme solo con más preguntas que respuestas. Dime, ¿qué es lo que propones?

- En realidad…, no mucho. Si en verdad fuese nuestra enemiga, ya nos tendría en jaque. Debemos de tener sumo cuidado con nuestro siguiente movimiento. Por eso, inspector, mañana por la mañana debe de ir usted, solo, a la casa del senador Marissí, e intentar sacarle toda la información posible. Por supuesto, no está demás decir que no vaya preguntándole acerca del cómo contactó a Leona… No, no. Eso sería contraproducente. Vaya usted con la premisa de que sabemos que él no contactó a Leona, sino que fue a la inversa. Debe usted de presionar la mentira para que la verdad nazca y entonces hable. Luego lo contactaré, inspector.

Nuestra conversación se vio rápidamente interrumpida debido a un constante golpeteo causando por la hoja de una espada golpeando contra el suelo.

Al entrar a la sala de tribunales donde se encontró el cadáver de la tercera víctima, nos topamos con una escena peculiar pero ya… bastante esperable. Leona estaba jugando arriba de una de las bancas de madera en donde se sentaba la audiencia en los juicios. Sobre sus manos yacía una espada estilo medieval, quizás… de la mitad del tamaño de ella. Esta era cubierta por una fina y delgada capa de sangre seca que comenzaba desde la punta y terminaba de forma irregular en la mitad de esta misma. Una y otra vez, la detective de blancuzca cabellera lanzaba irracionales golpes haciendo que el filo de la espada surque de manera fugaz el aire a su alrededor.

- ¡¡Arrodíllense simples mortales ante la noble magnificencia de Themis!! ¡CORRAN DE MÍ AQUELLOS CON MALDAD EN SU CORAZÓN Y SIGANME LOS DE ESPITU BONDADOSO! ¡Porque la diosa de la justicia no descansa!

- ¿¡Que estás haciendoi? ¡Baja de ahí, te puedes lastimar con eso!

- Oh… ¿el cruel y sádico detective se preocupa por mí?

- ¡Deja de hablar estupideces y baja de allí!

- Por supuesto – me responde con completa naturalidad, como si tuviese la respuesta ya preparada – ¡Pero antes! deben de responderme algo…

Su rostro de pronto se tornó serio e inexpresivo, dejando toda aquella jovialidad de antes como un mero recuerdo del ayer. Su tono de voz ya no era alegre e infantil, este se había vuelto grave, sombrío y carente de todo atisbo de emoción.

- ¿Por qué demonios esto no está considerado como evidencia?

- Porque esa no es el arma homicida – le respondí más tranquilo al observar su evidente cambio de personalidad –. Recuerda la escena anterior. No es que no la hayamos considerado como evidencia, cualquiera podría haber venido a estudiarla si así lo quisiese. La espada la recogeríamos una vez hubiésemos limpiado completamente la escena. Además, la víctima murió al ser estrangulada con una soga. Incluso tenía las marcas de esta en el cuello, ¡solo mira las fotos!

- ¡Ya vi las fotos! ¿¡Y saben que vii?

Antes de que Leona comience a ladrar diciéndonos lo incompetentes que somos, debo de explicar la escena en su plenitud, quizás la segunda escena más difícil hasta ahora.
Elizabeth Bennet de 45 años, trabajaba como jueza en el tribunal de justicia de Listuria. Su cuerpo sin vida fue encontrado el 11 de octubre por el encargado de la limpieza: Robert Khan – es curioso como sostiene un apellido parecido al del inventor, quizá sean parientes –. Al parecer solo abrían la sala de tribunales cuando era necesario efectuar un juicio o llegaba el día de la limpieza. Como se podrá inferir, son muy pocas las llaves que existen para entrar aquí. La autopsia posterior reveló que la víctima falleció por asfixia causada por estrangulamiento el día 9 de octubre en un horario aproximado entre las 20.30 PM y 21.30 PM. Pero eso solo era lo relativamente fácil y explicable del caso, ahora es cuando se torna… difícil. El cadáver fue encontrado, literalmente, en medio de la sala de tribunales, justo delante de toda una invisible audiencia. Esta, a diferencia de la víctima anterior, no se encontraba desnuda, pero si sus ropajes habían sido casi en su plenitud invadidos por el carmesí. Aquello tenía una simple explicación: una enorme espada – misma con la que Leona jugaba – había atravesado el corazón de la víctima post mortem. Se cree también – debido a las heridas – que la espada fue colocada a tan solo unos escasos minutos después de que Bennet perdió la vida. Su rostro quizás… era lo peor de todo. Sus ojos habían sido extirpados, dejando así unas nimias cuencas vacías, sus oídos habían sido arrancados y su lengua cortada. Luego todo el contenido habría sido depositado en una pequeña y siniestra bolsita negra. Además, la victima poseía una serie de marcas a lo largo de todo su cuerpo. En el brazo derecho, a la altura

del bíceps, le habían rasgado la piel formando un definido número 36. En el brazo izquierdo, a la misma altura que en el derecho, tenía ahora escrito de la misma forma el número 81. Su pierna derecha, a la altura del muslo, al igual que los brazos, había sido estigmatizada de idéntica manera, pero ahora con el número 24. Su pierna izquierda, a la misma altura que la derecha, había sido marcada con el número 37. Y, por último, su pecho, un poco más abajo del cuello y un poco más arriba del agujero dejado por la espada, había sido marcado con el número 92. Luego, la zona inferior de su abdomen había sido rasgada al igual que el resto de sus extremidades, pero ahora no era un numero lo que resaltaba, sino que era una palabra, la cual decía: "Pendragon". Además de todo esto, al igual que en la escena anterior, se encontró un sobre rojizo con un mensaje en su interior, este había sido escrito a máquina y decía lo siguiente. *"Cuando la cruz roja ha de mirar, su llanto ha de encontrar. Los tres onces ocultos en su interior de sangre se teñirán. Caronte a Orfeo la hora consultará y de forma tranquila este contestará: BFG."* Como último detalle, al igual que el resto de las víctimas, su rostro había sido cubierto por un trozo de tela negra, ocultando así la masacre dejada sobre este.

Está más que claro que este acertijo deja atrás, por lejos, a los dos anteriores. En verdad se sentía como si de forma progresiva estos fuesen incrementando su dificultad.

- ¡En las fotos vi que esta espada atravesaba el cuerpo de la víctima!

- Así es – le respondí sereno.

- Entonces… ¿por qué no está considerada como evidencia?

- No podemos. Creemos que esa espada solo era un decorativo más que el asesino usó para despistarnos. Aún no limpiamos la escena, así que cálmate, no es como si no la hubiésemos tomado en cuenta.

- ¡Puede ser considerada evidencia circunstancial!

- Aun así, la escena fue dejada con la menor cantidad de evidencias posibles. Solo lo más importante fue sacado.

- ¿Acaso la espada no es importante?

- Había pruebas más importantes. Además, serviría para entender mejor la escena una vez viniéramos a analizarla. De todos modos, tarde o temprano habría sido llevada al almacén de evidencias.

- Como sea. No discutiré más eso, ¡Ahora vamos por lo importante!

Leona guardó silencio y comenzó a moverse por los alrededores del lugar al igual como había hecho la vez anterior. Pero, por alguna razón, su

rostro ahora reflejaba una leve tensión o quizá disgusto. Esta continuó caminando y caminando por los alrededores de la sala del juzgado. La espada ensangrentada, misma por la que nos había increpado, giraba entonces una y otra vez, moviéndose con gran agilidad por la superficie de su mano. Era obvio que no era primera vez que usaba una espada. Luego de algunos minutos, Leona, casi… abatida, comenzó a arrastrar la espada por el suelo, como si ya no supiese que más hacer.

- ¿No vas a revisar los lugares con minuciosidad como hiciste la vez anterior? – le pregunto con la intención de que detenga aquel molesto ruido.

- Ya lo hice. Por eso me adelanté – me responde sin mirarme y sin detener el ruido de la espada.

- ¿Y? ¿Qué encontraste? – le pregunta Bozko, intentando aliviar un poco los ánimos de la frustrada Leona.

- Nada, absolutamente nada. Eso es lo que más me molesta. ¡No encontré nada!

- Bueno… – le digo –, el asesino no forzó la cerradura de la puerta.

- No es solo eso – me dice ahora, por fin, deteniéndose. Pero como de costumbre, sin mirarme –. Es problema es que no hay nada en la escena. El asesino tenía llave, de eso no hay duda.

- ¿Cómo crees que la consiguió?

Leona soltó la espada, haciendo así que esta golpease fuertemente contra el suelo causando además un molesto sonido que rebotó en lo más hondo de las paredes y nuestros tímpanos. Luego la detective procedió a sentarse de manera calmada, en lo alto de uno de los banquillos mientras balanceaba sus piernas de un lado a otro de manera infantil.

- Ese es el problema. Según los informes, Elizabeth Bennet poseía una llave maestra para todo el lugar. No obstante, dicha llave, que solo poseía ella, fue encontrada en su casa.

- ¿Nadie más poseía una llave maestra? – pregunta Bozko al aire.

- No – le respondo –. Al parecer Bennet, era la única que tenía semejante poder. Había otras llaves claro, como la que abría la entrada principal o la que abría la puerta para esta sala. Pero dichas llaves estaban en posesión de personas distintas, es por eso que el asesino debió de haber tenido que robar dos llaves si quisiese entrar aquí.

- Es por eso – continua Leona, con voz serena –, que lo más acertado es creer que el asesino visitó a la víctima.

- Es verdad, recuerdo que la puerta de la casa de la víctima estaba sin cerrojo. Bastaba con girar de la perilla para abrirla – le responde Bozko.

- Eso es lo que más me molesta. El asesino fue a la casa de la víctima a sabiendas de que esta poseía semejante llave, de alguna u otra manera convenció a Bennet y la trajo hasta aquí.

- Espera un segundo, ¿por qué crees que la víctima murió aquí y no en otro lugar?

- Existe la posibilidad de que el asesino no haya conocido a la víctima en persona antes del crimen. En otras palabras, el asesino era un completo extraño para la víctima.

- Bien… y…, ¿en qué te basas para decir eso?

- Justamente en tu pregunta, Levi, ¿por qué crees que el asesino asumiría un riesgo tan enorme como el de traer viva a la víctima hasta acá? Sin mencionar claro que, a tan solo unas pocas cuadras de aquí, existe una avenida muy concurrida que justamente alcanza su mayor congestión a la hora en que debía de morir la víctima. El asesino no toma riesgos innecesarios y, claramente, este era un riesgo necesario. Primero: no conocía el interior del tribunal. Segundo: necesitaba a la víctima viva para saber dónde se encontraba la llave maestra en su casa, además no podía amenazarla porque corría el riesgo de que Bennet intentase huir a la hora de llegar a un lugar público.

- ¡Espera! – le digo - ¿no crees que te estas contradiciendo? Supongamos que debían de pasar de manera obligatoria por dicha avenida, ¿no crees que el asesino debió de conocer a la víctima para que esta no arme algún escandalo a sabiendas que corría un gran riesgo? Puede que nuestro sospechoso sea alguien cercano, una anterior pareja o algún rival de trabajo quizás.

- Tienes mucha razón al decir eso, Levi. Pero… ¿qué sucedería si el asesino tenía en jaque a la víctima?

- ¿A qué te refieres con eso, Leona? – le pregunta Bozko muy intrigado.

- El asesino entró a la casa de la víctima, eso es un hecho. Porque después de la muerte de Bennet, alguien dejó las llaves en sus lugares originales. Por tanto, es fácil inferir que el asesino las vio con anterioridad…

- ¡Entonces es un conocido!

- Déjame terminar, Levi. El asesino fue antes a la casa de la víctima donde, de alguna manera, la convenció de todo y entonces observó donde estaban colocadas dichas llaves. Su error fue el haber devuelto las llaves a los lugares originales, porque de esta manera sabemos que el asesino estuvo dos veces en la casa. La primera fue para convencer a Bennet y la segunda fue para devolver las llaves. No hay segunda sin primera, Levi. Por tanto, como ya dije con anterioridad, creo que el asesino tenía en jaque, de alguna manera, a la víctima. Quizás… haya sido… información.

- ¿Información? ¿Información, dices? ¿De qué tipo? – pregunta Bozko.

- Del tipo con el que puedes chantajear a alguien.

- ¿No estas especulando demasiado?

- Puede que sí. Pero aun así estoy segura de que el asesino era un completo desconocido de la víctima.

- Ya veo…– dice otra vez Bozko –. Crees que el asesino es un desconocido por el hecho de que necesitó a la víctima viva para llegar hasta esta sala, además de que no conocía donde esta guardaba las llaves en su casa. Pero su error fue el devolver las llaves donde estaban con anterioridad, porque así nos dijo que antes ya había ido a la casa de la víctima y salieron juntos hasta el tribunal, ¿Estoy en lo correcto?

- Así es. Hay distintas formas de transportar un cuerpo, no importa si alguien te ve, el cuerpo se puede ocultar. Pero no hay manera de que sepas donde alguien guarda sus cosas sin que, bien sea, le preguntes o, revuelvas todo el lugar. En conclusión, el asesino no conocía la casa de la víctima.

- ¿Qué me dices de un colega que no conocía la casa de la víctima, pero sí los tribunales?

- Entonces dicho colega sería muy bueno adivinando donde están las cosas que nunca ha visto. Recuerda que su error fue devolver todo donde estaba.

- Pero entonces dicho colega apoyaría tu teoría, ya que él, sin dificultad alguna podría haber ido a la casa de la víctima, amenazarla y ver donde estaban las llaves que este le hizo sacar.

- Pero entonces dicho colega se habría arriesgado muchísimo al llevar a la víctima viva por un lugar tan transitado como la avenida que está a unas cuadras de aquí. Después de todo, dicho colega, debía de haber conocido muy bien los tribunales. Estoy segura de que no se arriesgaría tanto.

Sería mejor llevarla muerta.

- Pero cabe la posibilidad de que la víctima no supiese que dicho colega tenía la intención de asesinarla.

- Si te soy sincera, yo no estaría tranquila si un hombre me amenaza de alguna manera y… me pide que lo acompañe a un lugar en donde nadie nos vea.

- Jaja, ¿no crees que ya es suficiente?
- Si, estoy de acuerdo – me responde de nuevo con su tono jovial.

Bozko nos miraba casi como si no entendiese de qué demonios estábamos hablando. Aquella batalla de razonamientos lógicos que había sostenido con Leona fue bastante divertida, pero ya había llegado el momento de ponerse serios con el caso. Aclarando mejor la situación, no estábamos más que especulando. Hablar por hablar. Solo jugar. Olvidándonos de que estábamos en un caso de un asesino serial, en donde dicho asesino no podía ser nadie cercano a la víctima, ya que este conocía información que nadie, ni siquiera que la prensa manejaba. Leona sabía que estos crímenes no eran sentimentales, ni personales, pero aun así captó bien mi juego. Aunque el que menos lo captó fue Bozko, quien se veía bastante impresionado y confundido a la vez por nuestros rápidos razonamientos.

- ¿Y bien? ¿Nuestro juego te ayudó a aliviar tus pensamientos?

- La verdad es que sí. Mientras jugábamos, se me ocurrió que quizás… la espada esté relacionada con la balanza de la escena anterior y, por tanto, no solo representaría a Themis, sino que también al castigo impuesto por Themis.

- Tiene sentido, ¿qué me dices del mensaje?

- También lo estaba intentando descifrar.

- ¿Jugabas conmigo y a la vez pensabas en el significado del asesinato?

- Más o menos…

- Pero al parecer tampoco dio muy buenos resultados.

- No del todo, solo entendí una parte. La última, para ser más precisa. La que dice: *"Caronte a Orfeo la hora consultará y de forma tranquila este contestará: BFG."* Se refiere a la hora en que va a morir la siguiente víctima. Cuando dice que Caronte, siendo este quien lleva las almas al hades, consultará en un reloj, se entiende que se está preguntando la hora en que debe de llegar su próximo pasajero. Por eso, dice que le pregunta al músico que conmovió con su liria al rey del inframundo:

Orfeo. Y al decir que este le responde con *"BFG"*, entiendo que está refiriéndose al cifrado anglosajón. Por tanto, si contamos desde el Do hasta el Si, serían 7 espacios. Luego, si contamos desde el Do hasta el Fa, serian 4 espacios. Y, por último, si contamos desde el Do hasta el Sol, serían 5 espacios. De este modo, nos estaría dando una hora, la cual sería las 7:45. Aunque nuevamente no sabemos si es PM o AM.

- ¡Oh, ya veo! – dice Bozko – Tiene sentido.

- Pero si usásemos el Do de una escala más arriba, pero de forma contraria, entonces no daría 7:45, sino que daría 2:54 y, de igual manera, desconoceríamos si es PM o AM – le replico.

- Lo sé. Ese es uno de los problemas – me responde con resignación.

- Entonces, no tendríamos una sola hora a la cual cubrir, tendríamos cuatro – dice finalmente Bozko.

- No me importa. No perderé contra un acertijo. Jamás lo permitiré.

Después de eso no fue mucho lo que avanzamos en la escena, aunque, siendo sincero, no avanzamos más que eso.

Es así como pasó el día y, aún todavía mis ojos y oídos se deleitan al ver tocar con tanta magnificencia a la pequeña detective de cabellera blanca, aquel elegante instrumento musical.

Sin embargo, mientras la pieza de Chopin entonada por Leona invadía los interiores de mi mente, un pensamiento superior no me permitía relajarme, haciendo que dicha pieza no sea capaz de penetrar completamente en mi concentración. No podía dejar de pensar en la petición que le hice a Bozko, y el posible resultado de esta misma. Aquel pensamiento carcomía los interiores de mi mente, sumiendo a mis oídos en, muchas veces, un completo estado de ignorancia, el cual me hacía parecer más a un sordo-ciego que un perpetuo oyente.